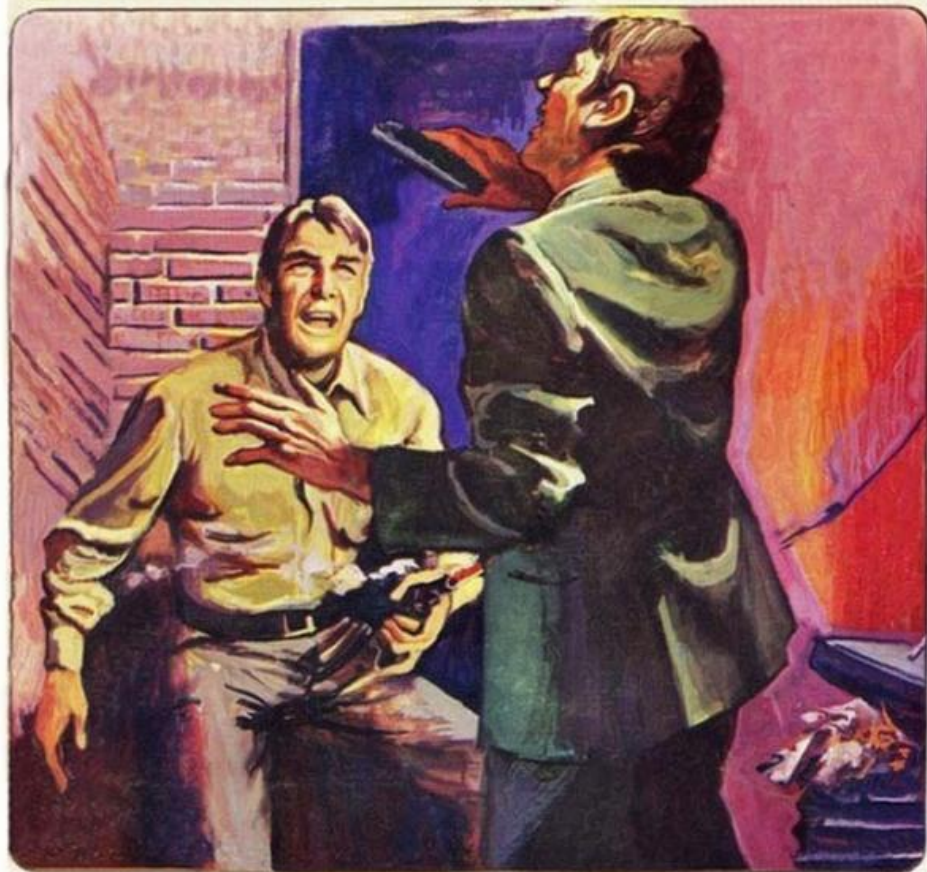




BURTON HARE

EL PRECIO DE MORIR





eb

BURTON HARE

EL PRECIO DE MORIR

Colección LA HUELLA n.º 72
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 611 -1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: marzo, 1976

© Burton Haré - 1976
© Cubierta: Jorge Núñez - 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

—Sí, recuerdo aquel incendio. Fue una buena antorcha la que ardió durante cuatro o cinco horas. —Miré a mi visitante y aprecié que se alegraba de mi recuerdo. Y añadí—: Lo que no veo es qué puedo hacer yo en este asunto.

Se trataba de una mujer de unos veinticinco años, alta y con una carrocería de lujo que daba escalofríos verla. O al adivinarla, porque se adivinaba todo debajo del vestido que lucía. Y cuando digo todo, quiero decir eso exactamente. Cualquiera diría que el vestido formaba parte integrante de su piel.

—Yo le explicaré en qué debe usted intervenir —dijo. Tenía una voz suave, un poco ronca y acariciante—. En el incendio del edificio Banister se encontró el cadáver de su propietario, carbonizado por el fuego y lo que había caído encima.

—También lo recuerdo.

—Bien; James Banister, el propietario del edificio y de la compañía que llevaba su nombre, había cometido una estafa de quinientos mil dólares. Y quizá me quede corta al apreciar la cantidad.

—Eso fue lo que levantó la polvareda después del incendio. Se habló de medio millón escamoteado. Y creo que se procesó a alguien..., aunque eso no lo recuerdo muy bien. Por entonces me interesaba el caso.

—Sí, se procesó al socio de Banister, un hombre llamado Luke Cowan.

No sé por qué, pero al pronunciar ese nombre me pareció que la muchacha ponía cierto énfasis en su voz.

Abrió su bolso y sacó una pitillera de oro. Extrajo un cigarrillo, se lo colocó en los labios y esperó a que yo le ofreciese fuego.

Después continuó hablando:

—Mi marido fue uno de los que se arruinaron con la estafa de Banister. Perdió casi cuarenta mil dólares. Ese golpe fue demasiado duro para él y se consideró vencido. Ya no hizo nada más con éxito, enfermó, y murió tres meses después de un ataque al corazón...

—Lo siento... Siga, por favor.

—Quiero que encuentre a Cowan. Estoy segura que allí donde esté él estará el dinero del desfalco.

Pegué un respingo, porque aquello no encajaba con lo que yo recordaba del proceso seguido contra Luke Cowan. Claro que no recordaba mucho.

—Pero Cowan fue absuelto —protesté—. Le declararon inocente, ¿no es así?

—Sí. James Banister había muerto. El último en salir del edificio aquella tarde fue Cowan, y tanto él como el portero declararon que Banister se había quedado en su despacho terminando un trabajo. Los defraudados, cuando se conoció lo de la estafa, acusaron a Cowan de haber estado de acuerdo con Banister y de haberse repartido el dinero con él. Y la policía llegó a sospechar de Cowan en la muerte de su socio.

—Ya voy recordando —dije—. En efecto. Greyeron que Banister había sido asesinado y el incendio provocado para ocultar el crimen y quedarse su socio con todo el dinero del seguro y del desfalco. Pero, repito, el tribunal le declaró inocente.

—Le soltaron por falta de pruebas —retrucó la mujer—. Eso no quiere decir que fuera realmente inocente. Además, después del juicio, Cowan desapareció. Y, «casualmente», la viuda de Banister desapareció el mismo día. Eso parece ser algo más que casualidad.

—Usted insinúa que Luke Cowan estaba de acuerdo con la esposa de James Banister. ¿No es eso?

—No lo insinuó. Cualquiera que los hubiera tratado antes de todo aquel escándalo podría afirmarlo.

—¿Los había tratado usted?

La había cazado. Abrió la boca, sorprendida. La volvió a cerrar. Palideció. Y al fin sacudió la cabeza y habló con voz vacilante:

—Sólo accidentalmente. Nos habíamos encontrado en alguna fiesta o reunión social. No olvide que mi marido era accionista de la compañía Banister.

—Comprendo. O sea: Cowan y la señora Banister eran amantes. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—Exactamente.

—Y eso se sabía antes del incendio...

—No públicamente. Sólo se sospechaba. Pero después del incendio y la muerte de su marido, Alta Banister no ocultó ya sus relaciones con Luke Cowan.

—Ya veo.

—Quiero que localice a ese..., ese hijo de perra. Usted tiene medios de arrancarle la verdad sobre el dinero. Los detectives privados pueden hacer cosas que a la policía les están vedadas y...

—Un momento —la atajé, antes que siguiera adelante—. Yo puedo hacer muchas cosas que la policía no hará jamás. Pero la tortura no es una de esas cosas, recuérdelo. Si Luke Cowan es un tipo con los nervios firmes, y se considera seguro y a salvo de cualquier prueba en contra suya, va a ser punto menos que imposible hacerle confesar nada. Quiero advertirle eso por adelantado para que después no se llame a engaño.

—Bien, comprendo lo que quiere decir. Pero encuéntralo.

—Muy bien, por lo menos lo intentaré. Hace mucho tiempo que se marchó de la ciudad. No va a ser fácil dar con su pista.

—Eso es cosa suya, señor Sandys. Fije sus honorarios y le abonaré un anticipo. Luego, cuando tenga algún informe para mí, tráigame también una nota de gastos.

—Muy bien; usted es una mujer de negocios por lo que veo.

—Sólo cuando es preciso serlo —me miró y sentí como si algo caliente recorriera mi espina dorsal. Y añadió—: Fuera de esas contadas ocasiones le aseguro que soy solamente una mujer.

Sonrió. Extrajo del bolso un respetado rollo de billetes, contó algunos y los dejó sobre la mesa. Al inclinarme hacia adelante para tomarlos, mi visión de su escote se hizo mucho más sugestiva. Era una espléndida señora.

—Hay doscientos dólares —dijo, antes de que yo los contara. Continuaba sonriendo cuando dijo—: Eso sella nuestro compromiso.

—Nuestro compromiso comercial, señora Hilton.

—Exactamente.

Se levantó. Su majestuoso cuerpo era capaz de dejar a cualquiera sin respiración, sobre todo a un tipo tan impresionable

como yo...

La recorrí con la mirada sin disimulo alguno. Ella aguantó el escrutinio sin inmutarse, dejándose admirar mientras se enfundaba los guantes. De vez en cuando volvía los ojos hacia mí, seguramente para asegurarse de que todavía estaba sin aliento.

Tuve que arrancar mi mirada de ella con esfuerzo. Me levanté también.

—Me gustaría hacerle una pregunta, señora Hilton —dije, vacilante.

—Hágala.

—¿Por qué no se ha preocupado hasta ahora de buscar a Luke Cowan?

Se mordió el labio inferior y pensó la respuesta casi medio minuto. Luego dijo:

—No quise hacer nada mientras vivió mi esposo. El ya estaba bastante afectado para añadirle más preocupaciones. Pero ahora..., ahora quiero ajustar cuentas a ese canalla, aparte de intentar recuperar algo del dinero que me pertenece. ¿Responde eso a su pregunta?

—Por completo.

La acompañé a la puerta y allí estreché su mano. Incluso a través del guante creí advertir el calor de su piel.

—Haré cuanto pueda para tener éxito —prometí como despedida.

—Hágalo, y se dará cuenta de cuán generosa soy, Sandys.

Y desapareció. Me hubiera gustado preguntarle cómo pensaba demostrarme su generosidad; claro que, a lo mejor, de preguntar eso me quedo sin cliente.

Cerré la puerta y regresé detrás de mi escritorio. Abrí un cajón, saqué la aplanada botella de *whisky* y le di un largo latigazo.

La cosa no era sencilla precisamente. Buscar a un fulano entre unos cuantos millones de otros fulanos. Casi nada. Y sin saber por dónde empezar. Además, si Cowan era culpable, ya se habría espabilado para no dejar demasiados rastros.

Nada fácil.

Eché el sillón hacia atrás y traté de recopilar mis recuerdos sobre el caso Banister. Fracase. Había que hacerlo de otra manera.

Y, por otra parte, la hermosa Sandra me había dicho que su

esposo había muerto tres meses después del incendio. Y, si mi memoria no me gastaba una mala jugada, el incendio del edificio Banister había sido en febrero... y estábamos a último de agosto. Bien, no se había dado mucha prisa en intentar localizar a Cowan, lo cual echaba por tierra su respuesta a mi última pregunta.

Cada vez me interesaba más la majestuosa Sandra.

CAPÍTULO II

Un detective privado ha de saber cultivar una variada colección de amistades si quiere prosperar en su carrera. Y yo había prosperado, dentro de lo que se puede prosperar en la profesión. Mis amistades abarcaban un sinfín de profesiones, cargos, trabajos y delitos. Sobre todo, de los últimos conocía a lo que podría llamarse la «aristocracia».

Pero después de la visita de Sandra Hilton, fui a darle la lata al teniente Dugard. Lo encontré sudando en su despacho, desde cuya abierta ventana dominaba su panorama de Los Ángeles. Su desordenada mesa ofrecía el aspecto de siempre.

—Tu mesa parece un estercolero —le dije después de estrecharle la mano.

—Es el mejor lugar para ti, Mike.

La ceniza de los apestosos cigarros que fumaba estaba mezclada con los papeles. El cenicero rebosaba de colillas de puro... Los expedientes se mezclaban con las colillas y la ceniza, los lápices... Un desastre.

Me senté en la silla frontera a la mesa. Dugard me examinó con mirada crítica.

—Empiezo a temblar, Mike —gruñó—. Cuando apareces por aquí, automáticamente surgen las complicaciones. ¿De qué se trata esta vez?

—Algo muy sencillo. No puede traerte ninguna complicación. En absoluto.

—Ahórrate la propaganda. ¿Qué nuevo lío tienes entre manos?

—De momento no es ningún lío..., aunque bien puede convertirse en uno, en cualquier momento. ¿Recuerdas el incendio del edificio Banister?

La pregunta, soltada a boca jarro, le sorprendió un poco.

Precavidamente, dijo:

—Lo recuerdo. ¿Y qué?

—Quiero reunir todos los datos posibles, sobre el caso. Y me gustaría tener también algunas fotografías de los protagonistas del drama. Tú puedes proporcionarme todo esto, si quieres.

—Ahora lo has dicho: si quiero. Y me gustaría saber por qué demonios he de darte todo lo que pides a cambio de nada. Vamos, dímelo. ¿Por qué?

—Caray, no pretenderás que te soborne, ¿verdad?

—Tú sabes qué es lo que pretendo. Quiero saber a qué obedece tu interés por el asunto, eso es todo. Creo que es bastante razonable.

—¿Si te lo cuento me echarás una mano?

—Veremos...

—Está bien. Ha venido a verme una señora. Quiere encontrar a un tal Luke Cowan, que estuvo mezclado con lo del incendio. Resulta que ese fulano desapareció de la ciudad tan pronto el tribunal lo soltó, y yo he pensado que si he de encontrarlo es preciso comenzar por donde empezó el asunto.

Callé, observando la cara del teniente. A juzgar por su expresión, cualquiera diría que se había tragado uno de sus venenosos cigarros.

—¿Eso es todo? —Gruñó.

—Eso es todo lo que tengo hasta ahora.

—No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Tu interés por todo lo concerniente al caso, y por los personajes que intervinieron en él. Si realmente a quien buscas es a Cowan, ¿para qué los demás?

—Diablos, Dug, emplea tu cerebro, aunque sólo sea por esta vez. Si Cowan ha desaparecido, quizá los otros puedan saber algo de él.

—Concretamente, ¿quiénes son los «otros»?

Empezó a mosquearme su falta de colaboración.

—¿Y yo qué sé? —exclamé—. La viuda de Banister, el portero que estaba de servicio aquella noche... En fin, todo el que pueda servirme para llegar hasta Cowan.

—Imagino que, sobre todo, te interesa la viuda.

—¿Por qué ella en particular?

—No sé...

—Bueno, ¿quieres ayudarme o no? Me está pareciendo que hay algo que te escuece en alguna parte, aunque me maten si sé lo que es.

—Cowan fue acusado de complicidad con Banister en una estafa de quinientos mil dólares. También se intentó demostrar que la muerte de Banister no fue accidental, sino provocada por Cowan, para quedarse con ese montón de billetes. No se pudo demostrar nada de nada. El fiscal se tiró la mayor plancha de su vida.

—Todo esto ya lo sé.

—¿Sí? Bien; Cowan tenía algo que ver con la mujer de Banister, antes de la muerte de éste.

—También lo sé.

—En ese caso, ¿qué demonios quieres?

—Los detalles. En qué se basó la investigación, quiénes declararon, cómo se inició el fuego...

—O sea, «todo»...

—Eso es.

Se rascó la coronilla.

—Y fotografías —refunfuñó.

—Sí.

—¿Y luego?

—Ahora soy yo el que no comprendo.

—Supongamos que desentierras el caso. Supongamos que le echas mano a Cowan. Y sigamos suponiendo que hay algo de verdad en lo de su complicidad en la estafa. ¿Te imaginas cómo queda la policía?

—Como un guiñapo —solté, sin vacila.

—Exactamente. Y después de comprender esto, ¿quieres que te ayude a que nos pongas en ridículo?

—No seas majadero, Dug. Aun suponiendo que sea cierto que Cowan intervino en el chanchullo, ¿qué te importa a ti? El asunto está fuera de tu departamento. Que yo sepa, una estafa no entra en las obligaciones de un teniente de Homicidios. ¿O han cambiado las normas?

—Está bien, está bien. Pero quiero tu promesa de que me pondrás al corriente de lo que descubras, si algo de ello me concierne. Sin eso no hay trato.

—*Okay*, cuenta con mi colaboración. Te lo prometo. Por otra parte, siempre he colaborado con la policía...

—Con el diablo has colaborado tú. Pero en fin, creo que no tengo más remedio que complacerte si quiero verme libre de ti.

—Tienes otro sistema —le dije, riendo—. Enciende uno de tus cigarros y saldré de estampida.

—No se me había ocurrido.

Pulsó un botón, y cuando entró un agente le pidió los prontuarios del caso Banister. El agente desapareció.

Mientras esperábamos, y como si quisiera hacerme caso, sacó un retorcido cigarro, negro como el carbón, y le prendió fuego aspirando furiosamente. Pronto el apestoso humo comenzó a invadir la estancia.

—¿Cómo no te habrás envenenado ya? —mascullé, yendo a colocarme cerca de la ventana, donde no soplaban tampoco ni un hálito de aire.

Cuando el agente regresó, cargado con las carpetas, tuve que volver a sentarme junto a la mesa. El humo daba náuseas.

Allí estaba toda la documentación, que la policía había reunido acerca del incendio, los antecedentes, informes y demás datos del caso que me interesaba. Pasé más de media hora leyendo lo más importante, empapándome de informes y de humo hasta que ya tuve bastante.

Me levanté.

—¿Y las fotografías?

—No cuentes con ellas. Las que poseo están registradas con la entrada del archivo. No puedes llevártelas, pero cualquier periódico puede proporcionarte las que necesites.

—Ya sabes cómo salen las de los periódicos. Ni ellos mismos se reconocen.

Se encogió de hombros. No había nada más que yo pudiera sacarle.

Cerré las carpetas y las empujé sobre la mesa, arrastrando los papeles, la ceniza y las colillas, amenazando con cubrirle a él. Ni se movió.

—Me largo de aquí antes que no pueda aguantarme más y vomite sobre tu regazo. Esos cigarros son basura pura.

—El sueldo no da para más, muchacho. Vuelve por aquí cuando

quieras... Y recuerda tu promesa.

—Sí.

Pero antes de llegar a la puerta me paró con una pregunta:

—¿Me has dicho el nombre de esa dama que te ha visitado, Mike?

—No. Ni pienso decírtelo.

—Ya me lo suponía... Ah, se me olvidaba. Aunque esto no consta en los expedientes, porque el caso ya estaba cerrado, la viuda de Banister fue vista en México unos días después de desaparecer de aquí.

—Gracias, Dug.

—Suerte.

Cerré la puerta. Deseaba encontrarme al aire libre para respirar a fondo y librar a mis pulmones del veneno que los había llenado durante mi estancia en el despacho.

Creo que lo conseguí. Como había conseguido también algunos datos de sumo interés al examinar el prontuario del caso Banister.

Sacarles provecho a esos datos dependía única y exclusivamente de mí.

Bueno, y de la suerte también.

CAPÍTULO III

Empecé por el que había sido portero del edificio Banister, cuyas señas había sacado de los expedientes policíacos. El hombre se llamaba Walter Sayers, y vivía en Bush Street, que resultó ser una de las pocas calles infectas que quedan en el barrio de los muelles orientales.

Era una vieja construcción de apartamentos que, indudablemente, en algún tiempo habían estado limpios, pero que en la actualidad se parecían más a una pocilga que a otra cosa. Y no sólo por la suciedad, sino también por el olor.

Subí las escaleras diciéndome que estaba condenado a aspirar gases malsanos todo el día, en ese condenado asunto. Primero, los cigarros de Dugard, y luego lo que se respiraba en aquella escalera, oscura y chirriante.

Llamé a la puerta que buscaba y esperé. Una voz cascada gritó desde el interior. Me pareció una voz de mujer, aunque no pude estar seguro hasta que se abrió la puerta. Era una mujer. O por lo menos, lo había sido alguna vez. Se parecía más a la idea que uno tiene de las brujas que a otra cosa.

—¿Qué pasa? —Cloqueó, plantándose en el centro del portal.

—Quiero ver a Walter Sayers —dije con energía. Había que demostrar que estaba dispuesto a verlo desde el principio.

—Sí, ¿verdad?

—Seguro.

—Pues está usted listo. El viejo Sayers murió hace tiempo. Lo arrolló un coche, y lo dejó hecho un guiñapo.

Hizo ademán de ir a cerrar la puerta, pero metí el pie y se lo impedí a tiempo.

—Espere un poco —dije, empujando la puerta y colocándome

dentro del piso. Allí olía mucho peor que en la escalera.

—Oiga, ¿qué se propone? —graznó la vieja, furiosa al ver que le invadía su pestilente dominio.

—Necesito hablarle, señora —dije, y pensé que llamarla así era exagerar mucho las cosas—. Imagino que usted tendrá sus gastos extras, y quizá yo pueda ayudarla a pagar algunos.

—¿Quiere decir con toda esta palabrería que está dispuesto a darme dinero?

—Eso es.

La idea no le cabía en la cabeza. Su desconfianza aumentó, pero la ambición de conseguir algún dólar a cambio de nada pudo más que su desconfianza.

—¿Qué es lo que quiere?

—Hablar de Walter Sayers.

—¿Nada más?

—Nada más que eso.

—Bueno, si he de ganarme algunos dólares puede preguntar lo que quiera.

—Pongamos cinco dólares. ¿Le parece bien?

—Muy bien... Una botella de ginebra vale menos. Adelante, hijo.

Saqué los cinco dólares y los fui a depositar sobre la mesa, donde, aparte de la suciedad incrustada en la madera, había una botella de ginebra de marca desconocida, casi vacía, y un vaso. También había un cenicero lleno de colillas que deberían llevar allí un par de semanas.

Aparté la mirada de todo aquello y me enfrenté con ella.

—Cuénteme cómo murió Sayers.

—Ya se lo he dicho; un coche le pasó por encima. Él ni se dio cuenta.

—¿Cuándo ocurrió?

—El último día de junio.

—Supongo que la compañía de seguros del coche la indemnizaría a usted...

Soltó una corta carcajada, tan desagradable como el sonido de una sierra vieja.

—¿Cree que yo era su mujer? —preguntó, igual que si la idea la divirtiera en gran manera.

—¿No lo era?

—No sea estúpido. Sayers vivía aquí, en una habitación que yo le tenía alquilada.

—Entonces, ¿el seguro...?

—No hubo ningún seguro. El coche que le mató se dio a la fuga y nadie pudo saber quién lo conducía. El pobre viejo, ni siquiera tuvo ese consuelo en el otro mundo.

—Ya comprendo. ¿Sabe usted exactamente cómo ocurrió el accidente?

—Sólo lo que me contaron los policías que vinieron a verme. Por lo visto, el pobre viejo iba tranquilamente por la acera, a las dos de la madrugada, cuando un coche conducido por un borracho saltó el bordillo, rozó un farol del alumbrado y aplastó a Sayers. Pero el conductor logró dominar el vehículo otra vez y salió disparado sin que los escasos testigos pudieran tomar si quiera la matrícula. Fue una verdadera desgracia par; él, precisamente cuando se le habían puesto bien la: cosas...

—¿Qué cosas?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero a juzgar por lo que me contó, una tía suya había muerto dejándole una pequeña renta. Dijo que ya no iba a trabajar más en su vida e incluso se emborrachó para celebrarlo. Por lo que yo he pensado, debió cobrar bastante, porque tenía la intención de alquilar un buen apartamento fuera de este barrio...

Eso me dio que pensar y tardé bastante en despegar los labios. Cuando lo hice fue para preguntar:

—¿Sabe usted dónde cobraba esa renta?

—No. Nunca me lo dijo.

—¿No le llegarían los cheques por el correo?

—Ni hablar. En su vida recibió una carta.

—Es extraño. Alguna vez debía comunicarse con esa tía que le dejó el dinero... ¿O vivía ella en la ciudad?

—No. Dijo algo de que su tía había vivido en un pueblo cerca de San Francisco... Patterson creo que nombró.

—¿No está segura?

—Pues... Sí, ése fue el pueblo que me dijo: Patterson.

Una idea estaba dando vueltas por mi cabeza. Decidí que no perdía nada con llevarla adelante.

—Me gustaría echar un vistazo a la habitación que ocupó Sayers... Supongo que conservará usted lo que él dejó.

—¿Lo que dejó? Solamente había un par de trajes viejos, unos zapatos y cuatro miserias más. Lo vendí todo.

—¿Recibía visitas alguna vez?

—¿Quién, Sayers? Nunca, que yo recuerde.

—Bueno, eso es todo...

Se precipitó sobre los cinco dólares, los hizo desaparecer en alguna parte recóndita de su colgante vestido y me acompañó a la puerta. Ya allí me dijo:

—Estaba quedándome sin ginebra. Usted me ha solucionado el problema.

—Me alegro.

Abrí yo mismo la puerta, deseando encontrarme lejos de allí para escapar a la pestilencia que lo invadía todo. Pero ella aún preguntó:

—¿Por qué tiene usted tanto interés por el viejo Sayers?

—La respuesta le costará cinco dólares.

—¡Muérase!

Bajé las escaleras casi corriendo. Y cuando estuve instalado en el coche salí de aquellos alrededores a todo gas.

No me detuve hasta que, ya en terreno decente, encontré un bar que me pareció exactamente lo que yo necesitaba. Entré, pedí un *whisky* con hielo y me encerré en la cabina telefónica. Allí disqué el número de Keith Acheson y esperé hasta que oí su voz.

—Escucha, Keith, y toma nota. Tienes trabajo.

—Ya era hora, Mike —exclamó, entusiasmado—. Mis finanzas ya estaban en bancarrota.

—Eso tiene remedio. ¿Listo?

—Listo. Tengo aquí papel y lápiz.

—Walter Sayers... Ése es el nombre de un tipo que murió en un extraño atropello. Lo primero que quiero que hagas es trasladarte a un pueblo llamado Patterson... está cerca de Frisco. Entérate si vivía allí una mujer, tía de ese Sayers. No sé qué nombre era el de la mujer. Parece ser que dejó un testamento a favor de su sobrino. Eso te ayudará a localizarla.

—¿Sabes cuándo murió esa señora?

—No, pero desde luego debió ser entre marzo y mayo.

—¿Eso es todo?

—Espera. Entérate también si alguien conocía a Sayers en ese pueblo.

Bueno, voy a partir inmediatamente.

—Cuando regreses, y tiene que ser lo antes posible, te ocuparás de averiguar todo lo referente al accidente en que Walter Sayers perdió la vida. Pero lo más urgente es Patterson. ¿Comprendido?

—Totalmente. Hasta la vista.

Colgó y yo regresé al mostrador. Keith era el tipo ideal para esa clase de pesquisas que requieren paciencia, y me había demostrado a lo largo del tiempo que, también, en los asuntos en que era necesario jugarse el físico podía uno contar con él.

No es que estuviera a sueldo mío ni de nadie. Había un par de agencias de investigación que le daban trabajo esporádico, y yo hacía lo mismo, con lo que el hombre iba tirando. Era la clase de vida que le gustaba y no había por qué darle vueltas.

Estuve bebiendo un par de raciones de *whisky* helado, lo que sirvió para entonarme y aclarar un tanto mi revuelto cerebro.

Aunque, si bien se estudiaba el asunto Sayers, estaba todavía más revuelto que mi cerebro. Un tipejo que vivía en un cuchitril como el que acababa de visitar, o sea, un desgraciado de vida más que oscura, al que jamás ocurre nada, que mal vive en su empleo de portero, y al que de repente empiezan a sucederles cosas sorprendentes. Primero, una herencia que le cae encima como llovida del cielo. Y no debía ser de poca cuantía desde el momento que el beneficiario estaba dispuesto a no volver a trabajar más en su vida.

Y, cuando empezaba a disfrutar de esa inesperada opulencia, un coche se sube a la acera y lo aplasta. Todo demasiado matemático.

O yo estaba muy equivocado, o la tal herencia sólo había existido en la mente de Walter Sayers.

Y si era así, como yo suponía, la cosa tenía otro nombre muy distinto.

CAPÍTULO IV

No me sentí con ánimos suficientes para volver al despacho del teniente Dugard. Ya llevaba demasiadas miasmas en los pulmones, entre sus cigarros y la casa donde había vivido el pobre Sayers. Era demasiado para un solo día.

Le llamé por teléfono, y me contestó su voz aburrida. Aunque me pareció que se animaba un poco al saber quién le hablaba.

—Necesito que hagas una llamada, Dug —le dije de buenas a primeras.

—¿A quién?

—Al que esté encargado de la custodia de objetos en el depósito de cadáveres. Supongo que las pertenencias de los que entran allí deben quedar depositadas en algún sitio...

—No me digas que ya empiezas a tropezar con cadáveres —me interrumpió alarmado.

—Por ahora no. Se trata de alguien que murió en un accidente de circulación. Al parecer no tenía familia, de manera que sus objetos personales, los que llevara encima en el momento de morir, deben estar guardados en el depósito.

—¿Puedes decirme quién murió en ese accidente?

—Claro que puedo. Se trata de Walter Sayers.

—¿Quién diablos es ése? ¿O es sólo una cortina de humo para mantenerme al margen?

—No empieces con tus suspicacias. Sayers era el portero del Edificio Banister.

—Ya veo...

—Bien, llama por teléfono al encargado del depósito para que me permita examinar lo que ese desgraciado llevaba en el bolsillo. Yo salgo para allá ahora mismo.

—Está bien, lo haré. Oye —dijo apresuradamente, cuando ya me disponía a colgar—. ¿Qué esperas encontrar en los bolsillos de Sayers?

—Todavía no lo sé.

Colgué antes que siguiera haciéndome preguntas. Un minuto después deslizaba el coche por entre la riada de tráfico diciéndome que, realmente, no tenía ni idea de lo que esperaba encontrar allí.

O quizá sí la tenía, pero no me atrevía a hacerme ilusiones.

Ya otras veces había atravesado aquellas puertas, y cada vez el estómago me daba un salto y no podía evitar un estremecimiento al pensar en los desgraciados cuyos cuerpos iban a terminar metidos en las cámaras frigoríficas, como final de su carrera de luchas y ambiciones. Incluso el olor a formaldehído que impregnaba el ambiente abotargaba mis sentidos como si fuera un anestésico.

Por lo visto, Dugard ya había hablado con ellos, porque no me pusieron trabas para entrar en el despacho de un tipo esquelético, de grandes y profundos ojos de mirar fijo. Lo único que me pidieron fue un documento para estar seguros de quién era yo.

—El teniente nos ha dicho que deseaba examinar los efectos de un tal Sayers...

—Eso es —asentí—. Supongo que los guardan.

—En efecto. Los he sacado mientras le esperaba. Los tiene ahí, en esa bolsa.

Era una gran bolsa de papel, cuyo contenido vacié encima de la mesa. En el primer instante me decepcionó aquello, porque me pareció que era lo más vulgar que un hombre suele llevar en el bolsillo. Un paquete de cigarrillos mediado, cerillas, varias llaves...

Aparté todo eso, así como las monedas sueltas, y dediqué mi atención a la billetera. Contenía una buena provisión de billetes, la mayoría de veinticinco dólares. Ahogué un silbido después de contarlos, porque allí había exactamente seiscientos dólares en billetes grandes y doce en billetes de a dólar.

—Iba bien provisto, ¿eh? —comentó el encargado, irónico.

—Ya lo veo... Seiscientos dólares son muchos dólares para llevarlos encima un tipo como Sayers.

—Pues ahí están.

Seguí el examen. En unos compartimientos de plástico transparente había un carnet del sindicato al que pertenecía, un

permiso de conducir expedido diez años atrás y el carnet de identidad. También encontré, junto a estos documentos, dos papeles plegados. Vi que eran hojas sueltas de un pequeño librito de notas y los desdoblé. Y el corazón me dio un vuelco.

En una de las hojas, había una serie de cantidades anotadas, de menos a más. Junto a cada cantidad, una fecha. La primera cantidad era de trescientos dólares, y la fecha que había al lado era el siete de abril. La otra cantidad ya era de cuatrocientos, y la fecha del veinte del mismo mes. Luego saltaba a quinientos y había tres veces esa cifra, con tres fechas del mes de mayo. Y, después de éstas, tres más de seiscientos dólares con fechas correspondientes a junio... y Walter Sayers había muerto la noche de ese día.

Doblé de nuevo el papel y desdoblé el otro. Aquél era mucho más lacónico. Anotado con letra vacilante y torpe había una dirección de San Diego, una cantidad, seiscientos, y dos iniciales: L. C.

«Luke Cowan».

Saqué mi propia libreta de notas y copié las señas de San Diego y la relación de cantidades y fechas.

Cuando me enderecé, eufórico por lo que parecía confirmar mis sospechas, la voz de Dugard sonó a mis espaldas:

—¿Ya tienes lo que andabas buscando?

Me volví en redondo, todavía con la libreta en la mano.

—Sólo una parte.

Sonrió. Me fijé en que no fumaba ninguno de sus indecentes cigarros, lo que fue un alivio después de todo.

—¿Qué anotaste?

En silencio, le entregué los dos papeles de Sayers y esperé a que los hubiera examinado. Cuando terminó, dije suavemente:

—Un policía recién salido de la academia habría sacado algunas conclusiones de esto, al examinarlo a raíz de la muerte de Sayers. Sin embargo los veteranos, las lumbreras que intervinieron, no vieron más allá de sus narices.

—Supongo que te refieres a que esto huele a chantaje —aventuró.

—¡Diablos huele! Apesta a chantaje casi tanto como tus cigarros apestan a basura.

—Deja en paz mis gustos particulares sobre tabaco, Mike, o

perderé la paciencia. Y ahora dime, ¿cómo se te ha ocurrido la idea del chantaje?

—Al ver esas anotaciones.

—Narices. Tú has venido aquí con una idea formada. Ya sospechabas algo semejante cuando me has llamado por teléfono. Y quiero saber qué es lo que te ha dado esas geniales ideas.

—Primero: La manera como murió. Fue un accidente muy extraño. Un coche, aunque vaya conducido por un borracho, no se sube a la acera, aplasta a un desgraciado, y luego recupera el control del volante y escapa recto como una flecha, conduciendo a la perfección. Por otra parte, alguien me ha dicho que Sayers había heredado y que ya no pensaba volver a trabajar más en su vida. Eso es todo lo que he sacado hasta ahora.

—Resumiendo: Tu brillante deducción es que estaba exprimiendo a Cowan, ¿no es eso?

—Exacto.

Se llevó la mano a la cabeza y alborotó su encrespado cabello. Era un gesto habitual en él cuando algo le preocupaba.

—¿Qué te propones hacer ahora? —quiso saber.

—Voy a ir a San Diego. Esas iniciales tienen que corresponder a Luke Cowan. Sería demasiada casualidad que fueran de otro tipo que no tuviera nada que ver con el asunto.

—Posiblemente estés en lo cierto —concedió, pensativo—. Pero desde que fue escrito todo esto el pájaro puede haberse trasladado de ciudad. ¿Lo has olvidado?

—No. Pero es el único cabo al que agarrarme para empezar, de manera que esta noche pienso estar en San Diego si no surge nada más importante aquí. Y tú, Dug, ¿qué piensas hacer?

—Nada. No puedo hacer nada. El caso está cerrado oficialmente. Además, no pertenece a mi departamento. Buena me armarían si comenzaba a revolver de nuevo este asunto...

—Supongamos que Sayers fuera asesinado, aunque simulando un accidente. ¿No estaría entonces dentro de tus funciones?

—Sí, pero...

—Yo te aseguro que lo asesinaron, Dug —le atajé firme.

—Dame una prueba y tomaré cartas en el asunto. No puedo iniciar una investigación basándome en una corazonada tuya, y eso lo sabes tan bien como yo.

—Naturalmente, Pero el caso es que la corazonada debió haberla tenido la policía mucho antes que yo.

Callé y me encogí de hombros. Era inútil discutir con Dugard. Amparándose en el reglamento y en las ordenanzas estaba al cabo de la calle, al margen del caso de manera que lo dejé.

Pero él dijo, cuando ya nos dirigíamos a la puerta:

—Se me está ocurriendo una idea.

—¿Sí? Habrá que echar las campanas al vuelo.

—Deja los sarcasmos, idiota. Ya te he dicho en mi despacho que la viuda de Banister fue vista en México. ¿Lo recuerdas?

—Naturalmente.

—Bien, concretamente, la vieron en Agua Caliente Pensando en eso, uno se da cuenta de que San Diego está muy cerca de la frontera, y, por lo tanto, de esa ciudad mexicana. Te brindo la idea por si quieres aprovecharla, Mike.

Llegamos a la acera sin que yo le hubiera respondido Nos despedimos y le estuve viendo marchar hacia si coche oficial, que le esperaba al otro lado de la calle.

Yo también me instalé en mi cacharro y lo conduje directamente a las oficinas del *Times*.

En las oficinas del periódico tuve que utilizar todas mis dotes persuasivas para conseguir lo que quería pero finalmente, y gracias a otro de los contactos y amistades que he mencionado antes, logre tener en mi poder dos fotografías de Luke Cowan y Alta Banister.

Con ellas en el bolsillo me encaminé hacia mi despacho, donde dejé una nota para Keith, así sabría lo que tenía que hacer cuando regresase de Patterson.

Hecho esto, regresé al coche, me metí en una estación de servicio y llené el tanque de gasolina hasta los topes. Cuando emprendí el viaje, me dije que muy bien podía ser una especie de anticipo de las vacaciones que algún día me tomaría.

CAPÍTULO V

En San Diego lloviznaba y las gentes a quienes pregunté por la calle que buscaba no se mostraron precisamente amables.

Entre unas cosas y otras, había cerrado la noche cuando localicé la dirección que me interesaba. El número de la casa era el 247, y al igual que todas las demás resultó un *bungalow* de alegre aspecto, incluso bajo la lluvia.

Tenía un porche cubierto, árboles en el jardín y una pradera de verde césped.

Plantado en el césped había un cartel anunciando que aquella casa estaba por alquilar.

Bueno, Luke Cowan se había largado, si es que realmente estuvo allí alguna vez.

Maldije en voz baja. Luego, miré a las casas colindantes. Tanto la de la derecha como la de la izquierda, eran semejantes a la que me había llevado hasta allí. En ambas, igualmente, había luz, y en eso se diferenciaban del número 247, que estaba completamente a oscuras.

Me decidí por la derecha. Acudió a la puerta una mujer de unos cincuenta años, abundante cabello gris y aspecto limpio y pulcro. Toda ella respiraba respetabilidad.

Antes que pudiera presentarme y dar cualquier explicación, un hombre de parecida edad surgió del interior y me espetó:

—Es ya muy tarde para visitas comerciales, amigo.

—Más bien se trata de una visita de información... Me intereso por las personas que tuvieron alquilada está casa de ahí al lado.

—Pues ha tardado usted a interesarse por ellos. Sí marcharon a primeros de julio.

—¿Eran un hombre y una mujer?

—Efectivamente.

—Matrimonio, supongo —aventuré.

Esta vez fue la mujer quien replicó, y lo hizo tras soltar un bufido.

—¡No, señor! La mujer que vivía ahí era de otra clase... de la clase de las que no se casan, ¿sabe?

—Ya veo. Por favor, ¿reconocen a ese hombre y a esa mujer?

Les mostré sendas fotografías de Luke Cowan, y Alta Banister.

El hombre arrugó el ceño. La mujer dijo:

—El hombre, sí, era ése. Se llamaba Cowan. Pero la mujer no.

—¿Está segura?

—Completamente. La que vivió con el señor Cowan era una mujercuela... salía al jardín casi desnuda. ¡Un escándalo!

—Lo comprendo, aunque me desconcierta que no fuera la mujer de la fotografía la que... ¿Tampoco la vieron accidentalmente alguna vez, no vino de visita o algo así?

Sacudieron la cabeza, seguros de lo que decían.

Pregunté por el propietario de aquel núcleo de *bungalows* y resultó que vivía en uno de ellos, el número 290, así que me despedí del matrimonio dándoles las gracias y me largué.

El individuo que respondió a mi llamada en el número 290 me desconcertó. Yo había esperado tropezar con un hombre más o menos viejo, más o menos gruñón, quizá incluso parecido al marido de la escandalizada señora, y en lugar de eso me encontré con un ejemplar de unos treinta años, recio como una montaña, de aspecto deportivo y tostado por el sol.

—¿Qué puedo hacer por usted? —me espetó.

Su voz era amable. Masticaba una pipa como si quisiera triturarla.

—Busco a los inquilinos que tuvo usted en el número 247. He pensado que podría usted ayudarme.

—Entre...

Me llevó a una cómoda sala. Una lámpara de pie inundaba con su cono de luz un rincón confortable. Sobre una mesita, un vaso con *whisky* en el que flotaban dos cubitos de hielo a medio licuar, una botella de «Four Rosses», una caja de tabaco para pipa y un libro abierto puesto boca abajo para conservar la página de lectura.

Me ofreció un asiento y él se sentó en una butaca.

—¿Pretende alquilar el *bungalow*, o sólo busca informes?

—Sólo informes. Acabo de hablar con un matrimonio vecino del 247 y...

Se echó a reír.

—Imagino que ya estarán en paz con sus conciencias. Se libraron de la pecadora hace tiempo.

—Parece que se armó un buen revuelo con la pareja... Bien, necesito encontrar a Cowan, eso es todo.

—Temo no poder ayudarle. Mi contacto con ellos se limitó a firmar el contrato de arrendamiento, cobrarles el alquiler y recoger las llaves cuando se fueron. Eso es todo.

—He averiguado por ese matrimonio que la mujer que vivió con Cowan no era la que yo busco. Si por lo menos pudiera encontrar a la generosa dama que escandalizó a los vecinos...

—Nada más fácil. Se llama Sally Law y podrá encontrarla en un local de la playa llamado El Sombrero Rojo. La he visto allí infinidad de veces.

Apenas podía creerlo.

—¿Quiere decir que Cowan sacó a esa muchacha de un tugurio, sólo para llevarla a vivir con él?

—Bueno, no puede decirse que El Sombrero Rojo sea un tugurio, pero sí, de allí la sacó. Mire, para mí, mientras pagasen el alquiler eran gente como otra cualquiera.

—Me parece que ya veo el juego... —comenté hablando para mí mismo—. Cowan quería aparentar que vivía su propia vida, por si alguien le vigilaba. Una vida absolutamente distanciada de la viuda, así todo el mundo creería que entre él y la Banister no había nada de nada...

—¿De qué demonios está hablando? —exclamó el hombre, perplejo.

—Olvídelo, sólo pensaba en voz alta. Le quedo muy agradecido. Me ha ayudado en gran manera, amigo.

Estreché su mano y me despedí. Adiviné las ganas que tenía de acribillarme a preguntas y eso aceleró todavía más mi retirada.

Minutos después rodaba por la playa hacia El Sombrero Rojo. Mi primera noche en San Diego estaba resultando mucho más larga de lo que nunca pude imaginar...

CAPÍTULO VI

No era un mal lugar ni mucho menos. La decoradora, debía haber costado un puñado de dinero, y las damas que alegraban el ambiente tenían cierta clase, dentro de su «clase».

Las había de todos los colores, de todos los tamaños, para todos los gustos. Me pregunté qué aspecto tendría Sally Law.

Pedí *whisky*, fumé un par de cigarrillos tratando de captar el ambiente y llegué a un par de conclusiones. Había gente realmente elegante, respetable. Pero también vi algunos tipos que parecían huéspedes habituales de San Quintín o Dannemora, aunque mezclados entre los demás apenas resaltaban.

Llamé al mozo y le pedí otro trago. Cuando me sirvió pregunté:

—¿Cuál de todas esas damas es Sally Law?

Aburrido, paseó la mirada por todo el local.

—Aquélla —dijo—. La del vestido verde con escote hasta la barriga.

Era una descripción un tanto gráfica, pero correspondía a la realidad. Sally Law era una majestuosa señora de curvas llenas, opulentas y provocativas. Las luces rojizas arrancaban extraños reflejos a su caballera rubia. El vestido verde contribuía sin duda a que los futuros clientes pudieran apreciar con detalle sus encantos. Comprendí que aquella mujer hubiera escandalizado los vecinos, por cuanto lo que pregonaba su cuerpo era un auténtico escándalo.

Con el vaso en la mano me dirigí a la mesa donde ella estaba sentada. Visto de cerca, el escote tenía profundidades de vértigo.

—Hola, Sally —dije, sentándome frente a ella.

Me miró calculadoramente.

—¿Nos hemos conocido alguna vez? —Runruneó.

—Nos conocemos ahora.

—Bien, para intimar un poco más podrías llamar al camarero.

Lo hice. El tipejo no se acercó a preguntar nada. Fu al mostrador y regresó con una botella y un vaso. Sirvió una cantidad microscópica en el vaso, dio media vuelta y se largó.

Sally miró al vaso y luego a la espalda del mozo. Dijo algo que sonaba muy mal referido al camarero; después bebió de un trago aquellas gotas de lo que fuera.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber.

—Mike.

—¿Quién te ha hablado de mí?, algún amigo común. —Me gustaría hablar contigo en un lugar con menos ruido.

—¿Mi casa, por ejemplo?

—Me parece bien.

—Pago un alquiler escandaloso por ella, ¿comprendes?

—Claro.

Se levantó. El camarero apareció como por ensalmo y pagué. Por supuesto, cobró por lo menos lo que Sally había consumido durante todo el día.

Cuando salimos al exterior había dejado de llover. La muchacha dijo:

—No está muy lejos. Un sitio tranquilo y cómodo, querido.

—Bien...

Llevé el coche hacia donde ella me iba indicando. La casa ante la cual me ordenó parar era nueva, rodeada de jardín.

Entramos y ella encendió las luces.

Realmente, era cómoda. Los muebles funcionales tenían colores claros, objetos de adorno por todas partes, alfombras y algún que otro almohadón desperdigado aquí y allá.

—Ponte cómodo —dijo—. Prepararé algo de beber.

Preparó dos vasos, y desde luego, las raciones de *whisky* que vertió en ellos no tenían nada que ver con el cuentagotas de El Sombrero Rojo.

Bebimos, y cuando me disponía a hablar de negocios me echó los brazos al cuello y su boca estalló contra la mía.

Cuando se apartó casi me había olvidado de mi nombre.

—No vuelvas a hacer eso sin previo aviso —dije, jadeando.

Se echó a reír mientras buscaba un cigarrillo. Le ofrecí y ambos encendimos.

—Nena —dije—, quiero hablar de negocios.

—Claro, yo también. No soy muy exigente, tú sabes...

Yo tenía una cuenta de gastos, así que no me pareció mucho.

—Bueno, sean cien pavos por la información que pienso sacarte.

Me miró estupefacta.

—¿Información? —balbuceó.

—Ajá.

—¿Vas a pagar cien dólares «sólo» por hablar conmigo?

—Así es.

Se echó atrás, comenzando a escamarse.

—Creo que esto va a acabar mal —rezongó—. Oye, ¿no serás uno de esos chiflados del Ejército de Salvación o algo así?

—¿Tengo cara de bienhechor de la humanidad?

—Una nunca sabe, con tipos como tú... ¿De veras no quieres nada más que hablar conmigo?

—Ya te lo he dicho.

Lo pensó, preocupada.

De pronto preguntó:

—Dime... ¿quién te ha hablado de mí; cómo sabías mi nombre?

—Una señora me habló de ti en primer lugar. Estaba escandalizada por tu conducta en cierto jardín.

—¿Escandalizada? Hoy nadie se escandaliza por nada.

—Estuviste viviendo en un *bungalow* con un hombre llamado Cowan —solté finalmente—. Ésa es la razón de que te haya buscado.

—Ya veo...

—Quiero encontrarlo.

—Vaya suerte la mía. Ir a tropezar con un maldito polizonte.

—Ningún policía del mundo te pagaría cien dólares por charlar un poco.

—¿No eres de la *poli*?

—No. Sólo detective privado. Mi cliente quiere hacerle unas preguntas a Cowan, es así de sencillo.

Lo pensó detenidamente. En sus bonitos ojos verdes había asomado una mirada astuta y precavida.

—Déjame ver el color de tu dinero, querido —dijo cuando se decidió—. Después hablaremos del tema que quieras.

De modo que hube de soltar cien dólares sin saber lo que

valdrían en realidad sus informes. Los contó cuidadosamente, sonrió y los hizo desaparecer dentro de su bolso.

—¿Cómo conociste a Cowan?

—En El Sombrero Rojo. Me invitó, bebimos y me hizo muchas preguntas. Que si tenía familia, que con quién vivía, si tenía algún amigo... un «protector», dijo él. Le contesté que todavía no estoy chiflada. Pareció satisfecho y me propuso ir a vivir con él dos o tres meses. Fue muy generoso en su oferta, que pagó por adelantado, claro. De otro modo, nada de nada. En fin, me tomé aquello como unas vacaciones y te aseguro que lo fueron realmente.

—Comprendo. ¿Qué fue de Cowan?

—Se largó. Recibió una carta. Al leerla pareció muy contento. De modo que dejamos el *bungalow*, me dio algo más de dinero y al separarnos me recomendó que no hablase de él con nadie.

—Ahora estás hablando conmigo.

—Bueno, tú ya sabes que vivimos juntos dos meses y pico.

—Claro... ¿Adonde fue al marcharse, lo sabes?

—No.

—¿A México, tal vez?

—Pudiera ser... habló alguna vez de México.

—¿Mencionó Agua Caliente?

—Ese lugar dijo que era muy divertido.

—¿Recibió visitas mientras estuvo contigo?

—Ni una. Sólo alguna llamada telefónica. Y la carta, claro.

Se levantó, tomó los vasos y añadió:

—Traeré hielo y beberemos otro trago. Por cien pavos puedo hasta emborracharte...

Desapareció por la puerta de la cocina y cuando regresó había hielo en los vasos. Les añadió *whisky* y volvió a sentarse.

Levantó el suyo.

—Bebe —dijo—. ¿Te quedan muchas preguntas más en el buche?

—Pocas.

Bebí un largo trago y ella me imitó.

—¿Sabes si alguna de aquellas llamadas telefónicas, fue de alguna mujer?

—No creo...

—¿O de un tipo llamado Sayers?

Noté que se sobresaltaba.

—¿Sayers? —murmuró.

—Sí. ¿Recuerdas ese nombre?

No podía negarlo después del respingo que había dado.

—Sí... Me parece que sí. Se ponía furioso cuando era ese hombre quien le telefoneaba.

La cosa encajaba. Vací el vaso mientras pensaba velozmente.

Ella me miraba con extraña fijeza.

De pronto me di cuenta de que pensar no era tan fácil como de costumbre. Sacudí la cabeza y creí que empezaban a sonar campanillas dentro de mi cráneo.

Sally empezó a reír entre dientes. Comprendí la verdad demasiado tarde. Creo que intenté levantarme, golpearla... hubiera podido matarla si dentro de mí hubiesen quedado fuerzas suficientes para hacerlo.

Me apagué como una vela.

CAPÍTULO VII

Era como si estuviera flotando entre nubes de algodón, y estaba bien allí, fuera donde fuese que me encontrara.

Pero pronto dejé de flotar cuando me sacudieron sin ningún miramiento.

—Estate quieta —balbucí, con una voz pastosa y lenta.

Debí estar mucho más borracho de lo que imaginaba, porque me pareció que a Sally le había cambiado mucho la voz cuando gruñó.

—¡Vamos, despierta ya!

—Vuélvete a dormir y déjame en paz, muchacha...

Deseaba seguir durmiendo. Hablar me costaba un esfuerzo tremendo, porque sentí la lengua pegada al paladar, y la boca parecía recubierta con papel de lija.

Dormir...

Volvieron a zarandearme. No podía ser Sally. No tenía tanta fuerza.

Traté de abrir los ojos y no pude. Los párpados me dolían.

Entonces me soltaron una bofetada que resonó dentro del cráneo como si lo partieran en mil pedazos. Una mujer jamás hubiera podido pegar de semejante manera.

¿Dónde estaba Sally?

Otro golpe vino a demostrarme que la cosa iba en serio. Abrí los ojos.

Primero me encontré envuelto en bruma. No veía más que manchas grises. Después fui distinguiendo las siluetas de dos hombres inclinados sobre mí.

Pero pasó casi un minuto más antes no pude verles la cara con claridad. Y no resultó ningún consuelo vérsela. Los dos tenían cara de bestia. ¿De dónde diablos habrían salido?

—¿Qué demonios significa esto? —tartamudeé, vacilante.

—Ahora te lo diré, sanguijuela —masculló uno de ellos—. En cuanto estés lo bastante sereno para darte cuenta de lo que te hablan.

Intenté incorporarme y ellos me ayudaron con un salvaje tirón.

Entonces me di cuenta de que no estaba donde debiera haber estado. Aquello no era el apartamento de Sally. Empecé a preocuparme de verdad ante ese descubrimiento. También advertí que estaba completamente vestido. La luz procedía de una solitaria bombilla que pendía del techo, desnuda de toda pantalla. Y yo estaba medio derribado sobre un desvencijado y roto diván.

—Parece que nuestro amigo comienza a revivir —comentó el otro.

—Seguro —su compañero acabó de empujarme hasta que estuve sentado y añadió—: Ahora veremos qué tal es su canción.

Les miré alternativamente, afirmándome en mi opinión respecto al rostro de cada uno. Tenían unas facciones aplastadas, brutales.

Al ver mi interés, el último que había hablado reanudó su discurso:

—Empieza a darte cuenta de que sólo saldrás de aquí por tu pie si respondes pronto y bien. Queremos saber por qué vas detrás de Luke Cowan. Y queremos saber también quién te ha encargado hacerlo. Sólo tienes que responder estas dos preguntas y te dejaremos suelto. Ya ves si es fácil.

—Suponiendo que sea cierto. ¿Qué garantías tengo de que me dejarán marchar después?

—¿Garantías? Nuestra palabra vale tanto como un documento firmado por un juez. ¿No es cierto, Strabo?

Éste rió. Sus dientes tenían el color del estiércol.

—Yo diría que más que un juez. Firmamos y ejecutamos, cosa que no pueden hacer los jueces...

Siguió riéndose hasta que su compañero le ordenó callar y se enfrentó conmigo.

—¿Qué respondes?

—¿Dónde está Cowan?

Su mano describió un círculo y cayó de plano sobre mi mejilla, tirándome de espaldas. Ellos volvieron a incorporarme. La mejilla me ardía y algo rojo estaba instalándose ante mis ojos.

—Vuelve a las andadas y verás lo que es bueno —amenazó el gorila llamado Strabo.

—Responderé a éstas y otras preguntas, pero delante de Cowan.

Fue Strabo el que se dispuso a sacudirme esta vez, pero tuve tiempo de apartarme lo justo para que su puño se perdiera en el vacío. El matón cayó a mi lado por efecto del mismo impulso que llevaba.

Rugió de furor y se incorporó. Afortunadamente para mi, su compinche no quería perder tiempo y frenó sus impulsos homicidas.

—¡Quieto! —ordenó—. Yo me encargo de nuestro amigo.

Por un instante temí que no pudiera contener a aquel bastardo, pero al fin Strabo se apartó, mirándome con todo el odio del infierno reflejado en sus pupilas. El otro se enfrentó conmigo.

—Cowan no quiere ver a nadie —explicó abruptamente—. Pero quizá podamos arreglarlo si nos dices para quién trabajas.

—Si les digo la verdad no van a creerla.

—Prueba a ver.

—Me contrataron por teléfono y me remitieron un cheque por correo. Eso es todo lo que sé de mi cliente.

—¿Y ésa es la verdad?

—No hay otra.

—¿Cómo tenías que darle los informes?

—El me llamaría regularmente para que yo pudiera decirle lo que había descubierto.

Se rascó la barbilla, pensativo. Ni uno ni otro brillaban por su inteligencia. Su oficio era machacar cabezas y despachar estorbos, aparte de otras menudencias. Pero necesitaban ser guiados en su trabajo, como la mayoría de matones profesionales. Ésa era mi esperanza.

Tras la corta vacilación, el gorila masculló:

—Supongo que ese misterioso tipo te diría para qué deseaba encontrar a Cowan...

—No me dijo nada de eso. Sólo me pidió que averiguara el paradero de Luke Cowan y se lo comunicara, nada más.

Nueva reflexión, si es que su cerebro podía resistir ese nuevo esfuerzo. Miró de reojo a Strabo y éste se encogió de hombros.

—Escucha, sanguijuela —me soltó de pronto. Vamos a consultar eso que acabas de decirme. Pero ten en cuenta que si has mentido

acabarás hecho picadillo. ¿Comprendido?

—Sí.

—Todavía estás a tiempo de rectificar si lo que has contado no es cierto.

—He dicho la verdad.

—Bueno.

Se apartó y habló rápidamente con Strabo en voz baja, de manera que no pude captar lo que estaban tramando. Pero vi que el fulano se dirigía hacia el fondo, allí donde había una puerta, y desaparecía. Strabo se sentó en una silla y encendió un cigarrillo.

—Tenemos para rato, cerdo, así que ponte cómodo.

—¿Ha ido a ver a Cowan?

—No, a visitar a su abuelita. Cuídate mientras puedas y fuma. Sólo deseo que intentes alguna trastada para ajustarte las cuentas.

Pensé que el tipo estaba medio loco. No comprendía el motivo de su odio hacia mí. Una cosa era que cumpliese las órdenes que le daban, y otra que deseara hacerme daño por el simple placer de hacerlo.

Dejé pasar el tiempo. Palpé mis bolsillos y comprobé que no me habían quitado nada, aunque las cosas no estaban como debían estar, lo que demostraba que por lo menos habían examinado mis papeles.

Saqué el paquete y encendí un cigarrillo.

—¿Puedo pasear, por lo menos? —pregunté.

—No.

Fumé en silencio. Strabo no me quitaba ojo y encendía un cigarrillo detrás de otro. Yo iba poniéndome nervioso al no dar con ningún plan que pudiera servirme para escapar. En cuanto el otro pistolero volviera podía despedirme de toda esperanza.

Aproveché el tiempo para reflexionar sobre aquellos extraños acontecimientos. No podía comprender el comportamiento de Cowan. Si se había tomado la molestia de aparentar que vivía con una mujer, completamente desligado de la viuda Banister, era que temía que alguien pudiera vigilarle. Eso demostraba que su propósito era reunirse con la viuda, una vez el temporal calmado, para repartirse tranquilamente el dinero, aparte, naturalmente, de contar con su amor.

Y de pronto empleaba pistoleros por el simple hecho de que un

detective privado andará detrás de sus huellas.

Otra idea surgió de entre el caos en que me debatía, y deseé aclararla.

—¿Cuándo les avisó a ustedes la muchacha?

Mi pregunta le sorprendió.

—¿Qué muchacha?

—Sally, naturalmente.

—Estás hablando en chino. Fue el patrón quien nos mandó echarte el guante. Y estaba furioso además.

—¿Por qué?

—Supongo que por haber tenido que apartarse de su adorada Rose mientras estaba actuando.

Tomé nota de esto.

Intenté hacerle algunas preguntas más, pero se cerró en su mutismo y me mandó callar.

La atmósfera estaba tan cargada de humo que hasta escocían los ojos. Parecía que entre los dos habíamos organizado un campeonato de fumadores, a ver quién consumía más tabaco en menos tiempo. Y eso fue lo que me dio la idea.

Saqué el último cigarrillo que me quedaba y lo encendí, pero en lugar de apagar la cerilla, la dejé caer en uno de los agujeros del diván en que estaba sentado. Como al mismo tiempo tiré el paquete vacío, ése fue el ademán que distrajo al pistolero.

Y esperé. Esperé con todos los nervios en tensión, cual cuerdas de violín.

Pronto empezó a notarse un olor a chamuscado, que poco a poco fue invadiendo el local. Probablemente estaba encendiéndose el relleno del mueble sin producir llama todavía.

—¿Puedo dar unos pasos ahora? —pregunté—. Palabra que no intentaré nada.

—Ojalá lo intentases. Levántate, pero no te acerques a mí.

Di unos pasos para desentumecer los músculos. Comprendí que los restos del soporífero todavía seguían latentes en mí, a juzgar por la debilidad de mis piernas, pero me esforcé para recuperarme lo más aprisa posible.

De pronto Strabo comenzó a husmear igual que un perro de muestra.

—¿No hueles a quemado? —Gruñó.

—No... Debe ser el humo del tabaco.

—No es el tabaco...

Se levantó, expectante. Y repentinamente, brotó una llamarada del diván. El pistolero dio un salto, no atreviéndose a lanzarse sobre el mueble para apagar el fuego por temor a mí.

—¡Apaga ese fuego! —me ordenó.

—No cuentes conmigo. Puedes empezar a tirar del gatillo, pero si no quieres que arda todo el edificio, muévete.

Seguí quieto, mientras él vacilaba entre dejarme seco y apagar después el fuego, u obligarme a hacerlo yo. Como no encontró manera de obligarme, si yo no obedecía a su revólver, me ordenó:

—Retrocede hasta la pared.

Obedecí hasta dar de espaldas contra el muro. Entonces observé varias cosas a la vez, y le hice notar algunas:

—Date prisa en apagar esas llamas, Strabo, o nos vamos a divertir de lo lindo. Veo que el suelo es de tablas, lo mismo que estas paredes. ¿Qué demonios de edificio es éste?

—Un cobertizo que hay a espaldas de un garaje...

Las llamas se iban apoderando del diván y algunas empezaban a lamer las tablas del suelo. Strabo temía que en cuanto se descuidara, yo le cayera encima, con lo cual permanecía indeciso. Y el fuego cobraba fuerza por momentos.

Entonces se acercó al diván, volvió a apartarse de él y buscó algo con que atacar las llamas. Furioso, se volvió hacia mí.

—Voy a disparar —me dijo—, a menos que trates de apagarlo. ¡Vamos, aprisa...!

—Ya te he dicho que no.

Tiró del disparador y el estampido me dejó sordo allí dentro. La bala se incrustó en la madera, junto a mi cabeza.

Noté que las piernas me temblaban, pero seguí quieto.

—La próxima no será de advertencia —me dijo.

—Pierdes el tiempo. Y fíjate que hay una lata detrás del diván, Strabo. Si esto pertenece a un garaje, no me extrañaría que estuviera llena de gasolina, con lo cual no tardaríamos en volar todos... Puedes seguir practicando el tiro de pichón, idiota.

—¡Condenación!

Se precipitó hacia el otro lado del diván como un loco. Era cierto que había una lata allí, y cuando la levantó pude darme

cuenta, por su esfuerzo, que estaba llena, aunque cualquiera sabía de qué.

No traté de averiguarlo. El humo formaba casi una cortina, de manera que decidí arriesgarme.

Salté adelante y eché a correr hacia el diván. Strabo me descubrió entre el humo y giró el brazo armado, disparando al mismo tiempo. La bala pasó por encima de mi hombro cuando ya me lancé en plancha y reboté contra el suelo, deslizándome por él hasta golpear con todo mi impulso el diván incendiado.

Escuché un grito, mientras una catarata de chispas y partículas ardientes volaban por los aires. El diván había golpeado al pistolero en las piernas, derribándole. Cuando lo descubrí estaba chillando y debatiéndose con el fuego. Y entonces se desencadenó el infierno.

La lata había escapado de su mano, yendo a estrellarse contra la pared. Por lo visto el golpe hizo saltar el tapón y su contenido se derramó cuando el trasto cayó al suelo con estrépito. ¡Y era gasolina! Se elevó un sordo rugido tan pronto el líquido entró en contacto con el fuego, y las llamas se agigantaron alrededor de Strabo, prendiendo en sus ropas, en las maderas del suelo y en la pared. El hombre gritaba como un loco, blandiendo la pistola a guisa de maza, cual si con ella quisiera vencer al fuego.

Me precipité hacia él con la intención de sacarle del infierno que amenazaba convertirle en una antorcha, pero, enloquecido, volvió el cañón de su arma contra mí y disparó. Todavía no comprendo cómo falló aquel tiro. Sólo puedo explicármelo al pensar que estaba completamente loco por el dolor del fuego y el círculo de llamas que iba cercándole.

Lo dejé. No quería morir agujereado por aquel tipo. Cuando llegaba a la puerta comenzaban a elevarse grandes llamaradas y ya no podía distinguirse lo que era fuego, diván o Strabo. Todo era una masa rugiente.

Me encontré en un pasillo que recorrí a saltos. Otra puerta me dio paso a un pequeño patio, al fondo del cual estaba el garaje.

Sólo tuve que saltar la verja que cerraba el patio y me encontré en una calleja estrecha y oscura. El fuego ya era visible desde fuera, y la gente corría y gritaba órdenes y exclamaciones de espanto. No me entretuve en ver la actuación de los bomberos y me alejé de allí deseando encontrarme a mil millas de distancia.

Bien, las normas del juego habían cambiado. De una simple investigación de rutina, el asunto se había convertido en una lucha a muerte. Si ellos lo querían así, no habría más remedio que aceptar el reto.

CAPÍTULO VIII

Tomé una habitación en un hotel, y en cuanto estuve en ella corrí a meterme bajo la ducha. Tras unos minutos de aguantar el chorro de agua helada me encontré mejor, e incluso la visión espeluznante del pistolero abrasándose entre las llamas como una rata, se esfumó.

Hecho esto, y cuando las primeras luces del día comenzaban a teñir de gris lo que hasta entonces había sido negro, pedí comunicación con Los Ángeles.

Me dediqué a fumar mientras esperaba. Minutos más tarde estaba hablando con Keith, un Keith soñoliento y enfurecido por haberle sacado de la cama.

—¿Cómo te ha ido por Patterson? —le pregunté, yendo derecho al grano.

—He perdido el tiempo, Mike. No existe la tal tía. Y tampoco existe el testamento de que me hablaste. Lo he comprobado en los registros.

—Ya imaginaba esto, pero quería estar seguro. ¿Eso es cuánto tienes?

—No, hay algo más. He descubierto que ese Walter Sayers es hijo de Patterson... Nació allí, y solía ir a pasar sus vacaciones en el pueblo.

—Eso explica que, cuando tuvo que mentir respecto al punto de residencia de su imaginaria tía, se le ocurriera decir Patterson. Fue el primer nombre que le vino a la mente, el de su lugar de nacimiento. Bien, Keith; ¿encontraste mi nota en el despacho?

—Sí, y también encontré a una hermosa dama esperándote allí. Sandra Hilton.

—¡Diablos! ¿Qué quería?

—No me lo ha dicho. Sólo estaba dispuesta a hablar contigo.

—Bueno, que espere. ¡Eh! —exclamé de pronto—. No habrá leído mi nota, ¿verdad?

—No lo sé, aunque sólo con que haya curioseado un poco por el despacho puede haberla leído.

—Sólo faltaría ella para embrollar las cosas. En fin, al diablo. ¿Qué hay del accidente?

—Es tal como tú ya sabes. Lo único que quizá no sepas, es que el coche con que atropellaron a Sayers era robado... O por lo menos se apoderaron de él, y lo abandonaron después del atropello.

—¿Seguro?

—Se presentó denuncia por el robo del auto. Y unas horas después apareció abandonado. Tenía un gran golpe en el guardabarros derecho y sangre seca en él y en la rueda del mismo lado. Y es el tipo de coche que describieron los testigos, aunque no pudieran fijarse en la matrícula.

—Ya comprendo. Asesinato...

—La policía hizo averiguaciones, pero ellos estaban seguros del accidente. Dicen que el conductor estaba borracho.

—¡Y un diablo borracho! Está bien, Keith, dejémoslo. Cuida de la oficina hasta que yo regrese, que no sé cuándo será. Estoy envuelto en un lío del que no comprendo la mitad de los sucesos...

Colgué, mascullé algunas maldiciones y me eché en la cama. Quedé dormido al instante, y mi sueño fue tan profundo como la muerte. Ni sueños, ni pesadillas, ni problemas... Nada.

Hasta que un timbre empezó a escandalizar como un desesperado, arrancándome del lugar ideal en que me encontraba.

Descolgué el teléfono, parpadeando a causa del sol que penetraba libremente a través de la abierta ventana.

Una voz de mujer me despejó de golpe. La voz dijo:

—Sandys... ¿Me oye?

—Sí... ¿Quién llama?

—Soy Sandra Hilton.

Pegué un respingo y quedé sentado en la cama.

—¿Cómo demonios me ha localizado tan pronto?

—Estoy en San Diego. Leí el papel que le dejó a su ayudante y decidí venir yo también aquí.

—Es una tontería. Pero no me ha dicho cómo ha logrado saber dónde estaba yo.

—No sabía cómo hacerlo para encontrarle —confesó con voz que se me antojó cargada de mimo—. Entonces he pensado que forzosamente debía haberse instalado en un hotel y he comenzado a llamar por teléfono a todos según el orden alfabético de la guía... y lo he encontrado.

Soltó una risita. Yo dije:

—Afortunadamente para usted, el nombre de este hotel no empieza con Z. ¿Qué es lo que pretende al presentarse aquí?

—En primer lugar, quería estar cerca de usted cuando encontrase a Cowan. Pero ahora hay algo más, Sandys... Algo mucho más importante.

—Cuéntemelo.

—No por teléfono. Tengo miedo. Lo descubrí anoche, por pura casualidad. Salí a dar un paseo y... ¡Dios, venga a verme y se lo contaré todo!

—Está bien, voy a ir a verla ahora mismo. Yo también hice un descubrimiento anoche. Dos pistoleros trataron de mandarme al infierno. ¿Comprende? Lo cual complica el caso. Ya no es un trabajo de investigación lo que está en marcha, sino una partida en la que también juegan asesinos.

—¿Quiere decir que trataron de matarle?

—Exacto.

—¡Oh!

—Si he de seguir adelante quiero variar las condiciones. Y, naturalmente, la tarifa. Si me juego la vida quiero tener una compensación.

—¡Naturalmente que ha de seguir! Ahora más que nunca. Le pagaré lo que pida...

—Esté bien, pasaré a verla y cambiaremos impresiones. ¿En qué hotel se aloja?

—En el Palisade, de Lombard Street.

—Voy para allá. El tiempo de vestirme y estoy con usted.

Colgué, dediqué algunos insultos a la bella y entrometida dama y me pregunté por qué diablos había venido a San Diego. Sólo podía servir de estorbo, tal como estaban las cosas.

Bajé al bar y tomé tres tazas de café negro. Todavía persistía en mi boca el regusto a esparto. Después salí rumbo al hotel donde se alojaba la hermosa Sandra. Entre otras cosas, tenía que preguntarle

qué había habido entre ella y Luke Cowan...

Cuando detuve el coche delante del hotel Palisade, sospeché que Sandra empezaba a gastar por adelantado el dinero que pensaba recuperar de Cowan. Era un edificio imponente y lujoso, ante cuya entrada, un portero, también de lujo, erguía su galoneada silueta.

Me miró mientras me acercaba a la gran marquesina, y cuando pasé por delante de él inclinó la cabeza en un gesto que supongo debía catalogar como distinguido.

El encargado de la recepción, tras un ligero forcejeo verbal, me informó que la señora Hilton me esperaba y de que su habitación era la

32-C,

primer piso.

Desprecié el ascensor y subí por las escaleras. El ascensorista me miró, casi escandalizado. Yo empezaba a cansarme de tanta etiqueta.

En la puerta

32-C

me detuve y llamé con los nudillos. Bajo el impulso de los suaves golpes la puerta cedió, demostrándome que no estaba bien cerrada. Como nadie respondía, opté por terminar de abrir y así entré, como en terreno propio.

—Sandra... ¿Está usted ahí? —pregunté, deseando no sorprenderla según donde estuviera.

Tampoco respondió. Retrocedí y cerré la puerta suavemente, asegurándome de que esta vez quedaba el pasador en su lugar. Hecho esto me adentré por la *suite* de dependencias lujosas, en las que flotaba el delicioso perfume de la mujer.

Pero cuando encontré a la mujer, dejé de percibir todo lo demás.

Estaba caída en el suelo del dormitorio, con los brazos extendidos y las manos engarfiadas, como si hubiera intentado arrastrarse hacia la puerta. De un salto estuve a su lado y le di la vuelta, ya que estaba de cara al suelo.

Entonces advertí que todavía vivía. Sus párpados aletearon débilmente y trató de fijar la mirada.

—¡Sandra! —clamé, con voz entrecortada.

Parpadeó y cuando sus ojos vidriosos se fijaron en mí comprendí que estaba muriéndose.

—¡Sandra! ¿Quién la ha herido?

—El... —Una crispación de terror atirantó sus facciones y todo su cuerpo se tensó en mis brazos. Boqueó, hizo un terrible esfuerzo y añadió casi sin voz—: Tom... Tom Barker...

—¿Barker la ha atacado?

—¡No...! Tom Barker... está...

La boca se le llenó de sangre.

—¡Sandra!

Sus labios rojos de sangre se agitaron, movió los párpados y, de repente, como se apaga una vela, murió.

Suavemente volví a dejarla en el suelo y me incorporé.

Me costó serenarme. Luego, me di cuenta de que la muerte de aquella mujer me traería innumerables complicaciones. El recepcionista sabía que yo había venido al hotel, subido a su habitación y que ella me esperaba. Eso me colocaba entre la espada y la pared.

De manera que descolgué el teléfono y llamé a la policía. Era lo único que podía hacer. Me recomendaron que no tocara nada y que aguardara en la habitación y eso fue lo que hice.

De cualquier modo, no tardaron mucho en llegar...

CAPÍTULO IX

Yo había contemplado la misma escena otras veces, aunque con distintos personajes. Para los policías, aquello era simple rutina. Para mí, no.

El jefe del batallón de detectives, peritos, fotógrafos, expertos en huellas y todo lo demás se llamaba Gates.

Teniente Gates, de Homicidios, según sus propias palabras.

Era un hombre cuadrado, con una enorme cabeza de cabello cortado a cepillo. Exhalaba energía por todos sus poros.

Tan pronto dejó distribuido el trabajo a sus hombres y hubo realizado un somero examen del cadáver vino hacia mí y me espetó:

—Ahora hableme de esa mujer, Sandys. ¿No dijo usted que se llama así?

—Ciertamente...

Le conté sin rodeos que Sandra Hilton era mi clienta y le dije los motivos por los cuales ella me había contratado. Pensándolo bien, me dije que la policía podría sacar a Cowan de su escondrijo con mucha más rapidez que yo.

Cuando terminé me observó con cierta desconfianza.

—Hay muchas cosas de su relato que me desconciertan —dijo, sombrío—. En primer lugar, resulta punto menos que increíble que ese tipo, Cowan, supiera que ella estaba aquí. Sandra Hilton llegó anoche, no mucho después que usted según se desprende de sus palabras... ¿Cómo nadie excepto usted sabía que esa mujer se alojaba en este hotel?

—No lo sé. Y si piensa cargarme con el crimen, hágase examinar por un buen psiquiatra, teniente. Va a necesitarlo.

—Mi cabeza funciona perfectamente, gracias —refunfuñó de mal humor—. No le descarto como sospechoso, aunque no le creo tan

estúpido para cometer un asesinato tan chapucero como éste...

—Es usted muy amable... —dijo con sarcasmo.

Me miró de mala manera. Luego gruñó:

—Ese Tom Barker que ella mencionó... ¿Puede tratarse del asesino a pesar de todo?

—Se lo pregunté. Me dijo que no.

—No obstante, debe ser alguien a quien ella consideraba de suma importancia para mencionarlo cuando estaba muriéndose...

—En eso estamos de acuerdo.

—Le buscaremos también. ¿Dónde se aleja usted?

Anotó el número de mi habitación del hotel. Yo conocía cómo trabajaban los policías en casos semejantes, así que para evitarme muchos quebraderos de cabeza dije:

—Si necesita informes sobre mí, póngase en contacto con el teniente Dugard, de Los Ángeles. Como usted, pertenece a la Brigada de Homicidios.

—Lo haré.

Esperé que dijera algo más, pero estuvo tomando algunas notas y pareció incluso olvidarse de mí.

De manera que le espeté:

—¿Ha terminado conmigo, teniente?

—Creo que sí.

—Entonces, ¿puedo irme?

—No veo nada que se lo impida. Pero no de la ciudad. Durante un par de días quiero tenerle a mi alcance, por si he de formularle algunas preguntas más.

Dije que esperaría esos dos días y me largué, más sorprendido de lo que dejé entrever. Si yo conocía a la policía, el comportamiento del teniente resultaba, por lo menos, intrigante. Pensé que algo se llevaba entre ceja y ceja.

Regresé al hotel y establecí comunicación por teléfono con mi propia oficina de Los Ángeles. Como había supuesto, Keith estaba allí, matando el tiempo y bebiéndose mi *whisky*.

—Toma nota de lo que voy a decirte —esperé hasta que él hubo preparado lápiz y papel y añadí—. Tom Barker. Intenta averiguar quién es ese individuo, partiendo de la base de que está relacionado de algún modo con el caso Banister, o por lo menos con alguno de los personajes del asunto. Y eso es urgente, Keith, así que muévete.

—Empezaré de inmediato.

—Otra cosa, modera los gastos porque ya no tenemos cliente. Sandra Hilton ha muerto.

—¿Qué?

—Asesinada. Leyó mi nota y se vino disparada a San Diego, y aquí encontró la muerte.

—¿Se sabe quién...?

—Aún no, pero sin duda se trata de Cowan. Llámame al hotel Morton's

cuando tengas algo que comunicarme, ¿entendido?

—Perfectamente. Confía en mí.

Colgué y me acosté.

Pasé casi todo el día dormitando, de modo que cuando me levanté para darme una ducha anocheceía y yo estaba dispuesto a emprender una campaña privada para sacarme la espina. A ningún detective privado le gusta que alguien asesine a su cliente. Sobre todo, si ese cliente es una mujer tan hermosa como fuera Sandra Hilton, respecto a la cual yo había albergado ciertas ilusiones.

Tenía dos puntos de partida:

Sally Law. Desde el momento que me había narcotizado para ponerme en manos de los esbirros de Cowan, se había también delatado. Había que apretarle las clavijas.

La otra posibilidad era cierta frase que pronunciara Strabo poco antes de convertirse en una antorcha humana.

El ambiente en El Sombrero Rojo era aún muy frío cuando entré, debido a lo temprano de la hora. No vi a Sally por ninguna parte y acodándome en el mostrador pedí un *whisky* y pregunté por la muchacha.

—No vino en todo el día —replicó el mozo—. Quizá más tarde...

—¿Acostumbra a venir solo por las noches?

—No tiene un horario fijo, usted sabe; pero regularmente suele venir también por las tardes.

Pagué y apuré el *whisky*. Dejé pasar un buen rato con la vana esperanza de que ella apareciese de pronto, pero no fue así.

Regresé al coche y orientándome por las calles recorridas la noche anterior llegué a las inmediaciones de la casa donde me había dejado cazar como un pichón.

Estacioné el coche a corta distancia y caminé por la acera hasta

la casa. Había *luz* en una ventana y la oscuridad envolvía el pequeño jardín.

Recorrí el sendero y eché un vistazo por la ventana. Correspondía al saloncito que ya conocía, pero estaba desierto. Yo deseaba sorprender a la emprendedora dama, de modo que rodeé todo el *bungalow* viendo la puerta posterior, sólidamente cerrada, y el resto de ventanas, también cerradas y a oscuras.

O rompía una o llamaba a la puerta. Opté por lo segundo.

No tuve tiempo ni de llamar. Una pistola de gran calibre tronó de pronto y algo chascó contra la puerta arrancando astillas. Me zambullí en el aire cuando sonaba el segundo pistoletazo.

Debía tratarse de una pistola de gran potencia a juzgar por los tremendos estampidos. Rodé sobre mí mismo, maldiciendo por no tener un arma a mano. Pero los disparos retumbaban atronando la noche y no había tiempo para lamentaciones, porque los plomos seguían buscándome como abejorros enfurecidos.

Oí vagamente un coche deslizándose por la calle. Y entonces hubo otra sorpresa. Una nueva arma entró en combate.

Fue algo realmente inesperado. Esta segunda pistola ladró con estampidos, más secos y rápidos y tuvo la virtud de enmudecer a la primera, al tiempo que el coche que yo había oído aceleraba brutalmente y desaparecía en la distancia como un rayo.

Al fin cayó el silencio y me levanté, estupefacto y sorprendido a la par. Sorprendido de estar vivo, y de que alguien hubiera luchado por mí en medio de las tinieblas.

Me escabullí del jardín y regresé a mi coche mientras por todas partes resonaban gritos y se encendían luces. Recordaba haber visto una cabina telefónica cerca de donde había estacionado el auto, y desde ella llamé al teniente Gates, identificándome cuando le tuve al habla.

—Hola, Sandys. ¿Qué le pasa, se ha metido en otro lío?

—Yo diría que sí. Acabo de ser tierra de nadie en un tiroteo.

—¿Qué?

—No creo que tarden mucho en llegar los patrulleros, algún vecino habrá denunciado la batalla. Y tengo la corazonada de que éste va a ser trabajo para usted.

—No le entiendo una condenada palabra...

Le di la dirección de Sally por toda aclaración y luego añadí:

—Sólo venga. Lo demás lo verá sobre el terreno.

Colgué, encendí un cigarrillo y me metí en el auto justo cuando un coche-patrulla llegaba zumbando, con la sirena a toda potencia.

Antes de apurar el pitillo llegaron dos más, con sus faros destellando en la oscuridad. Frente a la casa de Sally se había congregado una multitud que los policías apenas podían mantener apartada del jardín.

Llegó otro coche policiaco, y esta vez era el teniente Gates. Fui hacia él y llegué a tiempo de oír la escueta explicación de un patrullero.

—Hay impactos de bala en la puerta de la casa, teniente —anunció el guardia—. Pero ningún herido. Es el suceso más extraño de que tengo noticia.

Yo dije:

—Es mucho más raro de lo que parece.

Gates se volvió en redondo.

—Me preguntaba dónde estaría... Está bien, agente, yo me ocuparé de este asunto. Mantengan a la gente lejos de aquí, por favor.

Le llevé hacia el porche. El preguntó:

—¿Quién vive en esta casa?

—Una mujer llamada Sally Law. Tengo buenas razones para creer que está relacionada con Cowan, por eso vine. En cuanto llegué frente a la puerta, alguien empezó a dispararme. Estoy vivo de milagro.

—¿No vio quién disparaba?

—Tuve otras preocupaciones, teniente, entre otras, esconder la cabeza para que no me la volaran. Pero lo raro fue lo que sucedió después.

—¿Mas cosas?

—Otra pistola tomó parte en el combate, y esa segunda lo hizo defendiéndome. Las balas no iban contra mí, sino contra el que intentaba liquidarme. Es para volverse loco.

Me miró de un modo muy raro. Tras esto, oprimió el timbre y oímos el tintineo en el interior.

—Pienso que es muy raro también que nadie haya salido tras los disparos, por curiosidad —dije reflexivamente—. Si hay luz debe estar aquí la hermosa dama que yo vine a buscar.

Volvió a repetir la llamada. No hubo ninguna reacción.

Soltó un juramento y se fue a dar un vistazo por la ventana iluminada. Cuando regresó a mi lado gruñó:

—Eso me huele muy mal, Sandys. ¿Qué relación tiene esa mujer con el caso Cowan?

Aquí podía meterme en un lío, porque yo le había ocultado unos cuantos hechos en nuestro anterior encuentro.

—Creo que fue ella quien advirtió a Cowan de mi presencia aquí, buscándole.

Me observó con el ceño fruncido.

—¿Sabe si hay otra entrada? —refunfuñó al fin.

—Otra puerta posterior, mucho más frágil que ésta.

—Entiendo. Vamos allá.

Rodeamos la casa. Un sólo empujón bastó para hacer saltar la cerradura y nos encontramos en una descuidada cocina.

El teniente fue encendiendo luces a nuestro paso. Eso evitó que nuestros pies chapotearan en la sangre que inundaba el pasillo. En medio de la sangre yacía Sally, con un enorme tajo en la garganta.

Gates soltó un rotundo juramento que casi hizo temblar las paredes.

Yo hubiera podido hacerle coro con algunos más de mi propia cosecha, pero no encontré voz suficiente con que hacerlo.

CAPÍTULO X

En el interior de la casa, los expertos de la policía hacían su trabajo y desde el porche podía oír sus comentarios. Me había fumado medio paquete de cigarrillos cuando el teniente Gates salió a reunirse conmigo.

—Voy a pedir fotografías de Cowan a la policía de Los Ángeles —me anunció—. En cuanto a usted, me gustaría estar seguro de que no oculta más datos sobre el caso.

—Usted sabe tanto como yo.

—Un poco más sin duda. Por ejemplo, fue uno de mis hombres el que le salvó el pellejo esta noche, disparando contra los pistoleros del coche.

—¿Un policía?

—Debiera usted haberlo adivinado. Le puse una *sombra*, Sandys, porque quería saber a qué atenerme respecto a usted y a sus andanzas. ¿Por qué demonios cree que le dejé marchar con tanta facilidad?

—Ya veo. Sospechaba de mí.

—En cierto modo, sí.

—¿Y sigue sospechando aún?

Sacudió la cabeza.

—Ya no. Mi propio agente es su mejor coartada para este crimen. Le ha mantenido bajo vigilancia desde que abandonó el hotel donde mataron a Sandra Hilton. Además, hablé por teléfono con el teniente Dugard, de Los Ángeles.

—¿Y qué?

—Dijo que es usted un granuja capaz de cualquier chanchullo para obtener dinero y fastidiar a la policía, pero que no tiene talla de asesino. Resumiendo, habló muy bien de usted —terminó,

riéndose.

Pensé en Dugard y deseé hacerle tragar uno de sus pestilentes cigarros.

Antes que pudiera replicar, un agente de uniforme se acercó.

—Hay una llamada para usted, teniente —dijo—, por el radioteléfono de su coche.

Gates se fue apresuradamente. Encendí otro cigarrillo y sentándome en los escalones del porche esperé.

Tuve tiempo de apurarlo antes de que volviera, cejijunto y sombrío. Sin una palabra se sentó a mi lado.

—¿Malas noticias? —pregunté.

—Pueden ser buenas... muy buenas. Si son ciertas.

—Bueno, déjese de rodeos si tiene algo que decir.

—Hice circular una descripción de Cowan, pura rutina. Ahora, uno de nuestros confidentes acaba de avisar de que vio a un individuo llamado Cowan anoche.

Casi me levanté de un brinco.

—¿Dónde?

—En un *cabaret* de lujo, el Black Catt. El Cowan que estuvo allí bailó con una de las chicas y la invitó a su mesa. Por la descripción, parece nuestro hombre.

—¿Y la chica? Habrá que localizarla.

—El confidente sólo sabe que la llaman Rose. Es una estrella del *cabaret*.

«Rose».

Ése era el nombre que pronunciara Strabo antes de morir abrasado...

Supé que estábamos sobre la buena pista y hubiera querido apresurar a Gates, pero éste se levantó y entró en la casa para dar instrucciones a su gente.

Luego, salió y dijo:

—Usted ha visto fotografías de Cowan. ¿Cree que le reconocería si le viera entre la clientela de un *cabaret*?

—Podría reconocerle en cualquier parte, teniente.

—De acuerdo. Vámonos.

—Tengo el coche aparcado en esta misma calle...

—Lo recogerá después. Iremos juntos, en el mío.

Condujo velozmente, en silencio hasta que le pregunté:

—¿Qué clase de *cabaret* es el Black Catt, teniente?

—Muy bueno. Lleva poco tiempo abierto, pero ha sabido atraerse una buena clientela.

—¿Conoce usted al propietario?

—Naturalmente. Se llama Rickey. Ha sabido establecer unas normas lo bastante rígidas para que entre la clientela no se mezclen indeseables.

—Pues Cowan no lo puede ser menos y frecuenta su local. No me parece que eso sea...

Me interrumpió con un ademán.

—No tome el rábano por las hojas, amigo. El hecho de que Cowan fuera visto en el Black Catt no significa nada. Incluso un rufián cualquiera podría ir una noche y divertirse allí, pero le aseguro que en cuanto Rickey se diera cuenta, el tipo no volvería a poner los pies en su establecimiento.

Detuvo el coche frente a un edificio sobre cuya fachada campeaba un gigantesco gato negro, silueteado por una luz difusa. Los ojos eran dos luces amarillas. Era un buen reclamo.

Había plantas tropicales a ambos lados de las escaleras de entrada, y al final de éstas un pequeño vestíbulo y el guardarropa. Unas pesadas cortinas de terciopelo rojo, sobre las cuales campeaba también la efigie del gato negro, daban paso al bar, y más allá de éste se abría el salón lleno de mesas diminutas, una pista de baile, el estrado de la orquesta y una decoración que debía haber costado toda una fortuna.

A un lado del vestíbulo, en marcos dorados, había las fotografías de los artistas. Así descubrí a Rose, y a juzgar por la foto era una dama capaz de revivir a una esfinge.

Entramos y Gates gruñó:

—Eche un vistazo, Sandys. ¿Ve usted a Cowan?

Tardé algún tiempo en escrutar a cada uno de los hombres que ocupaban las mesas o bebían en el mostrador del bar.

—No —dije al fin—. Estoy seguro de que no está aquí.

—Hablaré con Rickey. Espéreme en la barra entretanto.

Me quedé solo y pedí un *whisky*. Tuve tiempo de beberlo y fumar dos o tres cigarrillos antes de que el teniente reapareciera, acompañado de un hombre alto, sumamente distinguido.

—Éste es el señor Rickey —presentó Gates—. Le he hablado de

usted, Sandys. Pero no puede ayudarnos, Cowan ha volado.

Rickey asintió con un gesto. Su distinción confería a cada uno de sus ademanes cierta majestad.

—Así es —confirmó—. Recuerdo a ese Cowan. Era un buen cliente, pero se despidió de mí ayer noche. Creo que mencionó que pensaba tomarse unas cortas vacaciones en México. En ningún momento dio a entender que pudiera ocultar algo turbio en su vida.

—De asesinato para arriba, todo lo que quiera —refunfuñé de mal talante—. Será difícil cazarlo en México, teniente.

—Pediré a la policía mexicana que le busque y enviaré copias de la fotografía de ese individuo.

Rickey hizo una seña al mozo y éste se apresuró a traer bebidas para todos. Observé que nos servía el *whisky* de una botella especial. Todo eso salimos ganando.

El propietario del *cabaret* probó su licor y comentó:

—No beberán otro igual fuera de aquí. Ni a tan buen precio.

Gates se echó a reír y bebió.

Yo dije:

—¿Qué hay de Rose, teniente? Sabemos que intimó con Cowan. ¿No piensa interrogarla?

—Seguro que lo haré, en cuanto llegue.

Rickey sacudió la cabeza, disgustado.

—No creo que ella intimara con Cowan —dijo—. Rose suele alternar con unos y con otros de vez en cuando, pero nunca pasa de ahí.

—De todos modos le haré unas preguntas —decidió Gates, saboreando el *whisky*.

Se las hizo y nos quedamos sin nada.

Rose llegó quince minutos más tarde y el propio Rickey fue a su encuentro y la llevó hasta el mostrador.

Vista de cerca y al natural, superaba a la fotografía con mucho. Era una dama que le dejaba a uno sin aliento. Su altiva belleza parecía casi irreal, como si la naturaleza hubiera realizado su obra maestra al moldearla, recreándose con mimo en cada uno de sus detalles, para romper el molde al final y dejarla como obra única, inimitable.

—¿Cowan? —murmuró cuando hubo escuchado al teniente—. Es un hombre agradable... y generoso.

—¿Es todo lo que puede decirnos de él?

—Casi todo... No le permití llegar a donde él deseaba. Soy muy especial en mis cosas, ¿saben? —dijo, riéndose con ironía—. Anoche se despidió y volvió a pedirme lo de siempre. No parecía muy entusiasmado con el viaje proyectado.

—¿Le dijo también que se iba a México?

—¡Oh, seguro que lo dijo! Hizo algo más..., me invitó a acompañarle. Unas vacaciones en buenos hoteles y todo eso. Y ahora, ¿alguien quiere decirme qué es lo que sucede con él?

El propio Rickey dijo, sombrío:

—Parece que la policía tiene evidencias de que Cowan es un asesino, Rose.

Ella se quedó helada, con las facciones crispadas por el sobresalto.

—¿Cowan? —balbució.

—Ciertamente.

—No puedo creerlo... Tan generoso, tan alegre...

Eso fue cuanto logramos saber. Rose debía vestirse para actuar y nos abandonó. Rickey esperó un poco más, pero finalmente también se fue para atender su negocio.

Yo dije al quedar solos.

—Quizá estén diciendo la verdad, pero no puedo creer que Cowan fuera tan estúpido como para pregonar su punto de destino. No dejaría atrás una pista tan descarada.

—Quizá fuera ése su propósito —gruñó Gates—, dejar una pista, pero falsa.

Lo pensé y hube de admitir que eso era muy posible.

Al abandonar el local, el teniente dijo:

—Ésta va a ser una investigación de rutina a partir de este momento, Sandys, de modo que ya no necesito retenerle aquí más tiempo. Puede regresar a Los Ángeles cuando lo desee.

—Muy bien, pero quisiera saber cómo acaba este asunto, Gates. Cowan asesinó a mi cliente, y eso no se olvida fácilmente.

—Le mantendré informado. De todos modos, no se vaya sin antes venir a mi despacho para firmar sus declaraciones. Es puro formulismo, ya sabe, pero imprescindible.

—Lo haré mañana.

—¿Tomará un taxi para ir a buscar su coche? Tengo prisa y...

—No se preocupe, teniente, puedo arreglarme con un taxi.

Le vi partir y me quedé en la acera, fumando un cigarrillo y reflexionando a toda presión.

Estaba seguro que Rose había mentido. Recordaba perfectamente el tono y las palabras de Strabo al hablar conmigo en el cobertizo de madera. La relación entre Rose y Cowan forzosamente debía haber sido algo mucho más profundo, más importante, que un simple escarceo entre cliente y bailarina, a través de una mesa.

Así es que volví atrás y llegué a tiempo de ver parte de la actuación de aquel monumento de carne y hueso llamada Rose.

CAPÍTULO XI

Fue una actuación como para no olvidarla en mucho tiempo. Hubiera podido resultar una versión de la *Danza de los siete velos*, si ella hubiera llevado siete velos encima.

Llevaba muchos menos.

Además, sabía bailar, lo que convertía su soberbio cuerpo en una llama viva y danzante que elevó la presión arterial de cuantos la contemplábamos hasta límites extremos.

Antes de retirarse, mientras los aplausos atronaban la sala como un terremoto, me vio y sonrió. Luego, se esfumó detrás de un pesado cortinaje y yo luché para recobrar el aliento durante un rato.

Cuando lo hube conseguido me encaminé a los cortinajes y pasé al otro lado. Había un pasillo amplio y varias puertas. Sobre una de ellas campeaba el nombre de «Rose» en letras doradas. Llamé con los nudillos, mientras los compases de la orquesta llegaban amortiguados, como en sordina.

Abrió y me miró, y luego dijo con su voz cálida:

—Estaba segura que vendría.

—¿Puedo pasar?

—Entre.

Se apartó y después cerró la puerta. Quedamos mirándonos un instante.

—¿Por qué ha mentido? —le espeté de pronto, con la esperanza de desconcertarla.

Parpadeó.

—¿Mentido? —susurró—. ¿Cuándo?

—Al responder las preguntas del teniente. Usted sabe de Cowan mucho más de lo que ha admitido.

Fue a sentarse en el taburete que había frente al tocador y desde

allí sostuvo mi escrutinio sin inmutarse en absoluto.

—Usted no es policía, según tengo entendido...

—Detective privado, de Los Ángeles. Mi nombre es Sandys. ¿Influye eso para que usted decida confiar en mí?

—Tal vez.

Sacó un cigarrillo y le ofrecí la llama del mechero. Entre el humo dijo, pensativa:

—Tengo un buen empleo aquí, gano mucho más dinero del que pueda obtener en cualquier otro sitio. Eso hace que deba ser cautelosa. ¿Comprende?

—Me parece que no. Lo que yo quiero es a Cowan, preciosa. Todo lo demás carece de interés para mí.

—¿Y cuándo lo encuentre?

—Puedo asegurarle que no quedará en estado presentable —dije, rechinando los dientes—. ¿Sabe realmente dónde está, o no?

Guardó silencio mientras apuraba el cigarrillo nerviosamente.

Luego, de pronto, empezó a hablar:

—Detesto a Cowan..., es un cerdo degenerado y peligroso. ¿Lo sabía?

—Sé la clase de individuo que es.

—Me obligó a... Bueno, me amenazó incluso. El no admite una negativa de ninguna mujer, ya sabe de la clase de hombre que estoy hablándole...

—Sí.

—No está en México, amigo. Por lo menos, aún no. Pero piensa irse, eso sí es seguro.

—Muy bien, dígame dónde puedo echarle el guante y le aseguro que no volverá a molestarla en su vida.

—Hay una pequeña condición que deseo imponer, señor Sandys.

—Llámeme Mike y olvide las formalidades. ¿Qué condición es ésa?

—Jamás nadie debe saber que hemos hablado usted y yo. Nunca nadie debe conocer lo que yo acabo de admitir aquí..., que entre Cowan y yo...

—Comprendo. Imagino que su preocupación se llama Rickey.

—Si él lo supiera alguna vez, no quiero ni pensar en su reacción. Lo comprendía, claro. De modo que dije:

—Tiene mi palabra de honor que nunca lo sabrá por mí. Le

repito una vez más que todo mi interés se centra en Cowan.

Aplastó el cigarrillo en un cenicero. Sin mirarme susurró:

—Me siento avergonzada de mí misma cada vez que pienso en lo que me obligó a aceptar...

—¿Dónde está?

Suspiró y apenas la oí cuando musitó:

—Great Park Motel, cerca de Chula Vista, cabaña veintiuno. El..., él aún cree que iré allí esta noche, cuando termine mi trabajo aquí. Una especie de despedida... antes que se vaya a México. ¡Me da asco sólo de pensarlo!

Al fin lo había conseguido. Cowan iba a tener el premio que merecía... Un premio que le llevaría a donde debía estar.

—Gracias, Rose, Lástima que exista Rickey por medio, porque yo podría ocupar muy bien su lugar.

Sonrió.

—Sí que es lástima —runruneó—. Pero la situación sigue siendo la misma. Existe Rickey.

Me largué de allí antes de que lo olvidara. Si había algo que no me interesaba esa noche era tener tropiezos con nadie.

Localicé un taxi y me hice conducir al lugar donde había dejado el coche. Aún había un grupo de curiosos en la acera, y un par de agentes de uniforme aburriéndose frente a la entrada de la casa que perteneciera a Sally.

Conduje el coche despacio hasta encontrar una cabina telefónica. Entré en ella y marqué el número de la policía, preguntando por el teniente Gates.

—No está aquí —dijo una voz—. ¿Desea hablar con el oficial de servicio?

—No, sólo con él. ¿Quiere tomar nota? Se trata de algo muy urgente.

—De acuerdo, diga...

—Cowan. Great Park Motel, cabaña veintiuno. Eso es todo.

—Bueno, pero ¿quién es usted?

—Santa Claus —dije, y colgué.

Un minuto después volaba carretera adelante hacia el sur. Chula Vista no estaba demasiado lejos.

CAPÍTULO XII

Dos enormes pinos de California flanqueaban la entrada al Great Park Motel. Éste se componía principalmente de un edificio en forma de herradura, dividido en pequeños apartamentos, una pequeña construcción para las oficinas, y en multitud de cabañas diseminadas por el bosque que se extendía por la suave ladera de una colina.

Pasé frente a las oficinas sin detenerme, pero detuve el coche poco después, a un lado del sendero que se internaba entre los árboles. Vi luz en varias de las cabañas, construidas de madera, muy semejantes unas de otras y todas de atractivo aspecto.

Antes de abandonar el coche, tanteé dentro de la guantera hasta encontrar el revólver. Era un «38» de cañón corto y ya otras veces me había sacado de apuros.

Con Cowan iba a hacerlo otra vez, porque aquel bastardo seguro que no se entregaría sólo con buenas palabras.

Encontré la cabaña que buscaba y comprobé que bajo el cobertizo anexo había un coche. De modo que el pájaro estaba en el nido, seguramente, esperando a Rose para una volcánica despedida.

También en esa cabaña había una luz encendida. Atisé por un ángulo de la ventana, pero las cortinas estaban corridas y no pude ver nada.

Fui a la puerta y llamé.

Pasó casi un minuto antes de que alguien preguntara:

—¿Quién está ahí?

—Quiero hablar con usted, Cowan. Abra la puerta.

No replicó, pero la luz de la ventana se apagó.

—No haga tonterías, Cowan —dije a través de la puerta—. Soy Mike Sandys, de Los Ángeles. Es mejor que hable conmigo que con

la policía.

—¡Sandys! —exclamó—. ¿El detective?

—Sí.

Silencio. Me deslicé a un lado de la puerta empuñando el revólver. Aún tenía la esperanza de que pudiera cazarlo sin necesidad de fuegos artificiales.

Sólo que él opinaba de distinto modo.

—¡Lárguese, hijo de perra! —chilló a través de la madera de la puerta—. ¡Estoy armado y dispararé en cuanto intente entrar!

—No sea estúpido. Está pisoteando la única oportunidad que le queda.

—No me cazaré, Sandys. Ni usted ni nadie.

Era una implícita confesión de culpabilidad, pero eso no me ayudaba en nada.

—¿Qué cree que es usted, un superhombre, Cowan? —grité, añadiendo—: No podrá escapar. Ahora la policía ya sabe a quién debe buscar.

—No me atraparán vivo. Ni usted tampoco.

Un estampido lo bastante fuerte como para despertar a toda la vecindad rompió el silencio. De la puerta saltaron astillas, y casi al instante efectuó otro disparo, y hubo más astillas, y yo me pegué al suelo junto a la pared y esperé.

Hubo un breve intervalo de silencio. Entonces le grité:

—¡Pruebe otra vez, estúpido! ¿Qué cree que conseguirá con eso, excepto atraer a toda la policía en diez millas a la redonda?

La respuesta fueron dos balas más y los rotundos estruendos me demostraron que el tipo empleaba un «45» por lo menos.

En esta ocasión le devolví el fuego. Dos disparos con mi «38» atravesaron la madera y le oí gritar de cólera al otro lado.

Se encendían luces en todas las cabañas, y se oían voces alarmadas aquí y allá. Alguien corría entre los árboles.

—¡Cowan! —grité—. ¡No tiene ninguna salida, entréguese!

La respuesta fue otro disparo esta vez. Pero no sonó junto a la puerta. Me pareció incluso más débil que los anteriores. Tampoco saltaron astillas de la puerta. Debía haber disparado en alguna de las habitaciones interiores y me pregunté por qué.

Alguien llegó cerca de mí, arrastrándose.

—¿Qué pasa aquí? —balbució el hombre—. Soy el encargado...

¿Es usted policía?

—Como si lo fuera. Hay un asesino en esa cabaña, así que no asome la cabeza o se la volará.

—¡Cristo! —gimió.

—¿Tiene otra salida esa cabaña?

—Al otro lado..., la puerta de la cocina.

—Escuche, vuelva a su oficina y llame a la policía. Pero no se deje ver hasta llegar a los árboles.

Se fue pegado al suelo.

Empecé a ponerme nervioso y corrí agazapado hasta un lugar desde el que pudiera ver la fachada posterior. El coche continuaba en el cobertizo y la pequeña puerta de la cocina cerrada, pero no me atreví a acercarme a ella para comprobarlo.

De pronto, la idea me asaltó como un rayo.

Aquel último disparo, apagado, en el interior...

Presa de excitación, tanteé el suelo hasta encontrar una piedra. Volteé el brazo y la arrojé con fuerza contra la ventana y los cristales saltaron ruidosamente en añicos.

No hubo reacción alguna. Nadie disparó ni se movió.

Pensé que mi idea había sido acertada. El muy estúpido se había volado los sesos con aquel último disparo.

Corrí, agazapado, hasta el pie de la ventana rota. Con la culata del revólver hice saltar las agudas aristas de cristal que aún se sostenían en el marco y aspiré hondo, tratando de decidirme a entrar.

Si aquello era una trampa, tan pronto pasara por encima del alféizar mi vida no valdría ni medio centavo. Cowan podría convertirme en una criba a placer.

Estaba a punto de saltar al interior, cuando el rugido de un motor lanzado a toda marcha me detuvo. Vi venir los faros a una velocidad escalofriante, y luego el auto frenó, se deslizó de costado y quedó atravesado en el camino.

Vi saltar dos hombres del coche. Uno era grande, pesado, con una cabeza casi cuadrada debido a su cabello cortado a cepillo.

—¡Aquí, teniente! —grité—. Pero con cuidado... puede que el tipo aún esté vivo.

Vino como un rayo y se pegó a la pared junto a mí.

—Hola, Santa Claus —gruñó—. ¿Cómo se le ocurrió

adelantarse?

—Tenía la esperanza de poder estropear un poco a ese hijo de perra antes de que la policía me lo quitara de las manos...

—Es lo que pensé... Vine en cuanto me dieron su mensaje por el radioteléfono... ¿Cómo está la situación aquí?

—Negra. Tengo la corazonada de que Cowan se ha pegado un tiro.

—¡Maldita sea!

Le conté lo sucedido desde mi llegada.

—Estaba a punto de saltar por esta ventana cuando han llegado ustedes —terminé.

—Bueno, hágalo.

Se enderezó su figura y quedó recortada frente a la ventana rota. Sentí un escalofrío porque desde el interior podían fusilarlo como quien tira al blanco en una feria.

Un instante después, Gates había desaparecido dentro de la casa. Le seguí en el instante que su ayudante llegaba a mi lado.

Se encendió la luz y el teniente paseó la mirada en torno, empuñando su revólver de reglamento.

—Vamos a ver el resto de la casa —gruñó.

Encontramos a Cowan en el cuarto de baño, junto a un taburete derribado. Rozando los dedos de su mano derecha había un revólver «Colt Cobra» del 38 exacto al mío y la bala le había arrancado la mitad de la cabeza.

—Bueno, se ha escabullido después de todo —rezongó el policía.

—Desde luego, se trata de Cowan. Tiene la cara lo bastante intacta como para reconocerle.

—El mismo ha cerrado el caso. Mejor así.

—¿De veras cree eso? Yo pienso en los quinientos mil dólares, y en la viuda Banister.

—No crea que he olvidado a esa dama. Cursé una petición a la policía mexicana en ese sentido. La buscarán. Y tal como han ido las cosas podemos estar casi seguros que allí donde esté esa mujer estará también el dinero. De cualquier modo, amigo, para mí el caso ha terminado. La recuperación del dinero corresponde a la policía de Los Ángeles.

—Claro, claro...

Me miró con el ceño fruncido. Luego se fue a la puerta y la abrió

para dar instrucciones a su subordinado.

Le seguí y me quedé mirando los agujeros de la puerta. Las balas la habían convertido en un colador.

Y allí empecé a preocuparme.

—Eche un vistazo a esos agujeros, teniente —dije—. No parecen del mismo tamaño que esos dos...

—¿Qué demonios se le ha ocurrido ahora? Si trata de embrollar un caso tan claro como éste le arrojaré de aquí a puntapiés.

—Antes me escuchará. Yo hice dos disparos desde el exterior. Son éstos, se ve perfectamente que las astillas saltaron hacia dentro, en cambio, todos los demás produjeron los orificios astillándolos hacia fuera... Y son unos agujeros más grandes.

—¿Y qué? Ésta es una madera muy floja.

Le mostré mi «38».

—Es igual que el de Cowan —dije—. La misma arma, del mismo calibre. ¿Por qué los proyectiles han hecho agujeros distintos?

Se rascó la coronilla, furioso.

—¿Cómo voy a saberlo? —refunfuñó—. Quizá el ángulo de tiro.

—Los disparos contra la puerta fueron mucho más potentes que el último que oí.

—Claro, lo extraño hubiera sido que fuera al revés. Los primeros fueron disparados junto a la puerta. El último, en un cuarto pequeño e interior. Eso amortigua cualquier estampido. Y ahora, si no le importa, déjeme en paz. Tengo trabajo.

Me fui a la salita y encendí un cigarrillo. Llegaron los esbirros del teniente, me echaron de allí y hube de irme al exterior para tener un poco de paz.

Más tarde Gates salió y con gesto cansado vino a reunirse conmigo.

—¿Va a regresar a Los Ángeles de una condenada vez, Sandys? —me espetó.

—Seguro. Para mí, también el caso ha terminado, aunque no a satisfacción.

—Claro.

—Me preocupa la viuda, teniente.

—Tarde o temprano le echaremos el guante.

—Avíseme cuando eso suceda.

—Lo haré. Y si alguna vez vuelve usted por aquí, maldita sea,

pase de largo y cruce la frontera. ¿Entendido?

—Seguro. *Persona non grata*, ¿eh?

—Ni más ni menos.

Lo dejé correr y tras despedirme de él me largué de allí.

Era una manera como otra cualquiera de acabar un caso sin pena ni gloria. O con mucha más pena que gloria si pensaba en Sandra Hilton...

Sólo que a pesar de cuanto creía entonces, el caso no había terminado para mí.

CAPÍTULO XIII

Lo único que había cambiado en mi despacho era la botella de *whisky*; estaba vacía.

La tiré a la papelera y Keith dijo:

—Pasé muchas horas cuidando de este cuchitril. Algo debía hacer.

—Tirarte por la ventana en lugar de beberte mi *whisky*. ¿Qué sabes de Tom Barker?

Encendió un cigarrillo.

—Hay algo muy raro en ese tipo, sea quien fuere.

—¿Cómo que sea quien fuere?

—Bueno, busqué primero la relación de Barker con los personajes del asunto Banister. No encontré nada en lo concerniente a Cowan, ni Banister, ni la mujer de éste. Luego, averigüé que Barker y Walter Sayers habían nacido en el mismo pueblo: Patterson.

—Continúa.

—Me fui otra vez al pueblo de Sayers y trabajé a fondo. Por lo que pude desentrañar, parece que ese Tom Barker es un espíritu inquieto, variable y trotamundos. Ha hecho toda clase de trabajos a lo largo de su vida, desde marino mercante hasta limpiabotas. Sin embargo, sus largas correrías por medio mundo le han proporcionado un gran aplomo. Es un tipo atractivo y charlatán...

—¿Cuándo lo vieron por última vez en Patterson?

—Hace diez meses o poco más. Sayers estaba también allí de vacaciones y parece ser que trabaron amistad. Se les vio juntos a menudo en los bares. Tom Barker estaba sin trabajo entonces. Sayers se ofreció a recomendarle a la empresa Banister y cuando sus vacaciones terminaron ambos se vinieron juntos. Sayers cumplió su

palabra y Tom Barker entró a trabajar en la firma como viajante o algo así.

—¿Seguro?

—Hablé con algunos empleados. Le dieron una plaza de agente prospector, como ellos le llaman. Tenía por misión recorrer todo el estado en busca de oportunidades para inversión de capital en tierras.

—No veo que nada de eso nos sirva de nada. Pero tampoco puedo ver nada extraño, como tú has insinuado al principio.

—Quise decir que el tipo se ha esfumado.

—¿Qué?

—Desapareció. Me han dicho los ex empleados de Banister que había salido en uno de sus viajes una semana antes de que se declarase el incendio en las oficinas. Nadie ha vuelto a verlo, ni él se ha presentado para averiguar en qué condición quedaban los empleados.

—Eso sí resulta sorprendente. ¿Tienes alguna fotografía de él?

—Ninguna. Ni siquiera sus datos de filiación, ni el domicilio que ocupa aquí, en Los Ángeles. Había una ficha en los archivos de personal de la empresa, pero se quemaron.

—Aunque no parezca tener relación una cosa con otra, ese Tom Barker forzosamente debe significar un eslabón importante, Keith. No puedo olvidar que fue el nombre que pronunció Sandra Hilton cuando estaba agonizando.

—¿Y si fue Barker el que la mató?

—No. Se lo pregunté explícitamente. Lo negó, pero murió antes que pudiera añadir algo más.

Encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior.

—De cualquier modo —dijo—, el caso terminó para nosotros. Muerto Cowan...

—Queda el medio millón de dólares, más las primas del seguro, más la viuda Banister...

—¿Y te van a pagar por encontrarla?

—Ni medio centavo.

—Entonces, dejémoslo correr, Mike.

—Algo de todo esto huele que apesta. Voy a dar otro vistazo a los archivos de los periódicos, aunque sólo sea para mi propia satisfacción.

—Iré contigo. No tengo nada mejor que hacer...

Nos fuimos los dos a examinar aquella montaña de papeles. Dos horas más tarde estaba firmemente convencido de que no se había publicado ni una línea referente al misterioso Tom Barker.

—Pide las fotografías mientras yo termino con esto —le dije a Keith—. Suelen reunir centenares de fotos en un caso como el que nos ocupa, pero sólo publican las más espectaculares.

Devolví los gruesos volúmenes y luego mi compañero y yo nos enfrascamos en el examen una a una de decenas de fotografías.

Las había del edificio Banister antes y después de la catástrofe. De Cowan en sus buenos tiempos, un fulano bien parecido, atractivo y de ojos calculadores. De la viuda Banister, una belleza tan sensacional que uno pensaba al verla lo poco que había conseguido de esta vida.

De Walter Sayers, el portero que fue el último en abandonar el edificio.

Y, por supuesto, de Banister, un individuo alto, con el cabello rubio muy claro, y al que apenas había prestado atención hasta entonces. Nadie presta excesiva atención a los muertos.

Aparté las fotos con un gesto cansado.

—Nada —dije—. Al diablo con todo, Keith. Vámonos.

Le dejé esperando al encargado del archivo y me dirigí a las escaleras.

Justo cuando llegaba a ellas la cosa estalló en mi cerebro como un cohete verbenero.

Fue algo súbito, relampagueante; la certeza absoluta de que debía ser así y no de otro modo, de que no podía ser de otro modo...

Volví atrás y casi le arrebaté las fotos a Keith cuando se disponía a devolverlas.

—¿Qué diablos te sucede ahora? —Gruñó.

Pasé las fotos frenéticamente hasta detenerme en la que había encendido el chispazo en mi cerebro.

Di un vistazo asegurándome que el encargado estaba ocupado y no nos prestaba atención. Luego, me guardé la fotografía y sólo dije:

—Vámonos de aquí, Keith...

Me siguió casi corriendo hasta la calle. Allí le dije que, salíamos inmediatamente hacia San Diego y eso casi le tiró de espaldas.

—¿Qué infiernos te ha dado? —barbotó—. No tienes ningún cliente. ¿Quién va a pagarte los gastos esta vez?

—Alguien habrá de pagar. Y no sólo los gastos.

—No comprendo una condenada palabra. El caso está cerrado. ¿Qué piensas hacer en San Diego?

—Cerrar el caso, pero esta vez definitivamente.

Emprendimos el viaje menos de una hora más tarde, y para entonces yo estaba seguro de que, realmente, ése iba a ser el auténtico final de un drama sucio, perverso y nauseabundo como pocos.

* * *

Simplemente, llamé a la puerta del despacho y una voz al otro lado dijo:

—Entre.

Obedecí y el hombre sentado al otro lado del escritorio enarcó las cejas al reconocerme.

—Suponía que estaba usted de vuelta a Los Ángeles —comentó con amabilidad—. Pero siéntese. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Sandys?

Me aproximé a la mesa, pero no me senté. En lugar de eso, saqué el revólver y solté el seguro con el pulgar. Sonó el breve chasquido y después hubo un silencio.

Cuando recobró la voz, el hombre exclamó:

—¿Qué demonios...? Está usted loco si cree que podrá atracarme aquí.

—Desde luego —dije—, debo estar loco de remate, porque sólo a un loco se le puede ocurrir que un tipo haya resucitado. Y yo estoy firmemente convencido de que es así.

—¿Resucitado...?

—Ajá, señor Rickey. Usted es el resucitado. Pero no haga ningún movimiento sospechoso o probaré si es usted capaz de resucitar por segunda vez, con una bala del «38» en las tripas.

Se quedó muy quieto. Bajo la luz de la lámpara, su hermoso cabello negro relucía con tonalidades metálicas, casi tan duras como el acero de sus ojos.

—No comprendo... —balbució al fin.

—No es usted tonto en absoluto, de modo que debe

comprenderlo sin necesidad de aclaraciones. Lo he descubierto todo, maldito estafador y asesino de sus amigos.

—¿De qué está hablando? Escuche, si lo que pretende es cargarme con algo sucio para presionarme, yo...

—Usted será tan amable que me pagará una pequeña suma para que le deje en paz. ¿Es eso lo que iba a decir?

—Poco más o menos. Mire, no quiero escándalos en mi local. He tenido siempre mucho cuidado para que no se produzcan, así que solucionaremos eso por las buenas y lárguese al infierno de una vez.

—No me cabe duda de que ha tenido un cuidado extremado en evitar escándalos, y seleccionar su clientela. Evitando los conflictos evitaba asimismo que la policía metiera las narices donde no debía.

—¿Quiere hablar claro de una vez y decirme qué es lo que pretende?

—Ponga las manos sobre la mesa, donde yo pueda verlas. Estoy nervioso esta noche, ¿sabe?

Obedeció, y si las miradas pudieran matar, yo habría muerto en aquel mismo instante.

—Es usted un tipo distinguido, Rickey. Elegante, siempre con una presencia impecable. Largos cabellos negros, bigote espeso, ha adelgazado un puñado de kilos y eso ha estilizado todavía más su figura, al mismo tiempo que le diferencia en buena medida de su apariencia anterior. ¿O debo decir, «de su vida anterior», Banister?

Al oírse nombrar así pegó un respingo y no se levantó de golpe porque el cañón de mi «38» parecía fascinarle.

—¿Qué..., qué nombre dijo?

—Banister.

—No puede estar hablando en serio...

—Oh, vamos, deje de representar ese papel. Usted sabe que estoy en lo cierto. Ya sé que Banister era de un rubio muy claro, no llevaba bigote y estaba más gordo. Pero a menos de someterse a una operación de cirugía plástica, uno no puede cambiar las facciones, ni el color de los ojos.

Saqué la foto que me había llevado de los archivos del periódico de Los Ángeles y la coloqué sobre la mesa.

—Mírese ahí, Banister. Casi le salió bien.

Miró la foto. El poco color que quedaba en su cara desapareció.

La foto había sido retocada; el cabello rubio era ahora negro. Un

tupido bigote adornaba el labio superior y mediante hábiles sombreados del rostro el experto fotógrafo de la policía había adelgazado al Banister de la fotografía hasta las proporciones del Rickey que estaba desmoronándose ante aquella pequeña obra maestra.

Se echó atrás en el sillón, mirándome con todo el odio del infierno burbujeando en sus pupilas.

—Está bien, hijo de perra —barbotó—. ¿Cuánto?

—Teniendo en cuenta que usted asesinó a mi cliente. Y considerando que se embolsó medio millón de dólares, más las primas del seguro de incendios, pongamos diez mil dólares.

—¿Y después, qué?

—Eso lo discutiremos cuando haya pagado.

—Seguirá sangrándome.

—¿Cómo hizo el tonto del conserje? No, Banister, mis métodos son distintos. A propósito, ¿quién aplastó al pobre Sayers, usted o Cowan?

—Cowan. Era un problema suyo.

—Y Sandra fue problema de usted. ¿Qué pasó, le descubrió?

—Sí. No podía hacer otra cosa...

—Debió asegurarse, porque ella tuvo tiempo de pronunciar el nombre de Tom Barker antes de morir.

Parpadeó. Con un gruñido, dijo:

—Le pagaré. Pero...

—Ahora, Banister.

Se levantó, manteniendo las manos a la vista. Se acercó a la pared y apartando un cuadro descubrió una pequeña y sólida caja acorazada. Empezó a manipular los diales y yo le advertí:

—Saque sólo el dinero, amigo, nada más. Si tiene una pistola ahí dentro, no la roce siquiera o se encontrará con un plomo en la nuca.

—No hay ninguna pistola...

Sacó un impresionante montón de billetes, fue a la mesa y contó diez mil dólares, que empujó hacia mí.

—Ahí tiene —su voz sonó como un chirrido—. Si alguna vez vuelve a cruzarse en mi camino, le matará.

Me embolsé los billetes sin contarlos. Por lo menos, ya no podría decir que había trabajado gratis.

—Yo no soy Tom Barker para que pueda liquidarme con

facilidad, Banister —le advertí al mismo tiempo.

—No maté a Barker..., puede decirse que aquello fue un accidente. Bebió un *whisky* destinado a mí. Llevaba somnífero suficiente para dormir un elefante. Comprendí lo que aquello significaba y me escabullí. Por cuestión de segundos no me atraparon las llamas.

—Le dejó morir en su lugar...

—Cowan lo había preparado todo concienzudamente, en complicidad con mi mujer. Les dejé que se embolsaran mi seguro, el del edificio y casi todo el dinero de la estafa. Luego, sólo tuve que apretarles las clavijas y el dinero vino a mis manos como un río de oro...

—Perfecto, Banister. Incluso el simulado suicidio de Cowan le salió bien, aunque despertó mis sospechas al haber empleado dos armas distintas. En fin, de cualquier modo no existe el crimen perfecto.

Reunió los billetes que le habían quedado del gran fajo y volvió a levantarse.

—Recuérdelo, Sandys..., no vuelva jamás a cruzarse en mi camino.

Se fue hacia la caja fuerte para guardar todo aquel dinero.

Sólo que yo no había terminado aún ni mucho menos.

—¿Dónde está su mujer, Banister? —le espeté.

—Murió en México. Un accidente...

—Claro... Sayers también sufrió un accidente...

Sacudió la cabeza y dejó el fajo en la caja fuerte. Cuando retiró la mano giró como una peonza y disparó con una automática de gran calibre.

Casi me cazó. Su comportamiento anterior, al sacar sólo dinero y ninguna pistola, me había confiado.

Sentí el paso del proyectil entre mis cabellos y me dejé caer hacia adelante, tirando del gatillo.

La bala de mi «38» le tiró contra la pared. En el mismo instante se abrió la puerta y entraron Keith y el teniente Gates, ambos con las armas en la mano.

Gates rugió:

—¡Suelte la pistola, Rickey!

Jadeando, se volvió, con su automática lista para disparar otra

vez.

Gates se le anticipó y esta segunda bala le hizo dar un salto, giró sobre los pies y se fue dando tumbos contra la mesa, donde cayó con estrépito.

Keith exclamó:

—¿Estás herido, Mike?

—No, pero si en lugar de dispararme a la cabeza lo hubiera hecho al corazón, me hubiera acertado... Me pilló desprevenido.

Gates se incorporó después de examinar el cuerpo derribado de Banister.

—Está muerto —gruñó, sombrío—. Hubiese preferido cazarlo vivo.

—Yo también —mentí.

—¿Lo ha podido grabar todo?

Saqué el pequeño chisme del bolsillo y se lo tendí.

—Aquí debe de estar registrado todo lo que hemos hablado. Y no se escandalice por mis honorarios, teniente, porque incluyen desplazamientos y daños y perjuicios...

—¿De qué demonios está hablando?

—Lo sabrá cuando escuche la cinta. Y ahora que ya le he dado un caso resuelto, les dejo, Gates. He de efectuar un ligero trámite antes de volver a casa.

—¿Trámite? —repitió, perplejo.

—Quiero ver a Rose, ¿sabe? Ahora ya no existe Rickey.

—¿Y qué, con eso?

—La última vez que la vi..., pero eso es asunto mío. Hasta luego a todos, teniente.

Me escabullí. Rose había reconocido que era una lástima que existiera Rickey de por medio. Bueno, las cosas habían cambiado y era la ocasión justa para recordárselo.

Se lo recordé, por supuesto, y lo que sucedió después hubiera podido llenar otro libro más extenso que éste.

Aunque no habría sido policíaco, precisamente.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.